

SECCION DOCTRINAL.

AUTENTICIDAD DEL CUARTO EVANGELIO. (1)

Terminado el compendio de las pruebas positivas é históricas que nos garantizan la autenticidad del cuarto Evangelio, podemos sin desconfianza llamar la atencion de aquellos lectores que hayan tambien leido el libro de Renan, para que comparen y juzguen si la autenticidad del cuarto Evangelio está más asegurada de lo que allí, empleando medios términos, aproximaciones y frases vagas, se dice, con objeto al parecer de no ponerse en contradiccion con las pruebas más evidentes; y de que los lectores saquen la conclusion contraria, que tanto agradaria al autor; pero cuya responsabilidad no se atreve á admitir. Lo mismo tengo que decir respecto á M. Nicolás y M. Reville, que aún se quedan más atrás que Renan, y parecen echarle en cara sus conclusiones, como demasiado favorables al cristianismo tal como es, es decir, como religion sobrenatural. ¿Y qué decir de Baur y la escuela de Tubinga, que aún quieren que el cuarto Evangelio sea obra del siglo II ya adelantado? Que están manifiestamente fuera de la ciencia, que cierran los ojos ante la luz histórica más irresistible. Citemos las palabras de Ewald, crítico incrédulo, pero que vale por muchos por su erudicion y sinceridad. «Obra asombrosa por cien conceptos, clara y sencilla para todo espíritu recto, el Evangelio de Juan ha sido compuesto *ciertamente* por el discípulo íntimo de Cristo... *Esto es incontestable*. Sólo un

(1) Véase el número anterior.

loco lo puede dudar... El cuarto Evangelio se defiende perfectamente á sí mismo; tiene además el apoyo de la primera carta que jamás ha sido puesta en duda, tiene, en fin, en su favor la tradicion toda entera, y se puede afirmar con razon QUE NO HAY EN TODA LA ANTIGÜEDAD UNA OBRA CUYA AUTENTICIDAD SEA TAN CIERTA.»

La precedente conclusion de Ewald, á quien acompañan no pocos críticos de la escuela racionalista, como Rischl, Bleek y otros, hasta el punto de quejarse con harto mal humor otro de la misma laya en la difunta *Revue germanique*, de que parecia ser de moda el admitir la autenticidad del cuarto Evangelio, y todo ello, á pesar de la situacion altamente embarazosa en que se colocan para sostener sus sistemas, como expondremos brevemente al terminar el presente escrito; esta conclusion, decimos, adquiere aún más grados de evidencia, si examinamos con igual imparcialidad los sistemas propuestos por los adversarios, y las dificultades que oponen á la genuinidad de nuestro Evangelio. Considérese la índole del cuarto Evangelio, tan distinta de la de los sinópticos, y la suerte que cupo á la literatura apócrifa, y se palpará la necesidad de que fuera rechazado, ó al ménos recibido con grandes dificultades en la Iglesia, si su autenticidad no apareciese muy manifiesta; tanto más, cuanto que importaba no poco á los católicos el negársela, atendido el partido que de él pretendian sacar los valentinianos, y el importante papel que hizo en la querrela cuarto-decimana.

¿Y quién pudo escribirle é imponerle á la Iglesia, engañando á todos, hasta el punto de no suscitarse la más pequeña duda racional hasta los tiempos modernos? ¿Un sectario? ¿Un católico? Examinemos.

Las sectas judaizantes no pudieron inventar el cuarto Evangelio, en que parece que se habla con cierto desdén de las instituciones hebreas; no desdén verdadero, como si las despreciara ó tuviera en ménos, pero al ménos en la forma aparente de la frase; y es cierto que en ello se funda M. Nicolás para atribuir este Evangelio á un gnóstico convertido, á un autor no judío. No la secta marcionita, que rechazaba todos los escritos del Nuevo Testamento, ménos parte de los de Lucas y Pablo.

No las varias sectas gnósticas, que, apartándose de la creencia ortodoxa y comun, no se sometían á ninguna autoridad apostólica ni la tomaban por base de su doctrina; ántes, por el contrario, se tenían ellas por más enteradas de la enseñanza esotérica de Jesús que los mismos Apóstoles, como hemos dicho y afirman expresamente Ireneo y Tertuliano. Sus adeptos se llamaban á sí propios los *gnósticos*, es decir, los sabios, los *pneumáticos*, relegando á los Apóstoles y á todos los ortodoxos á la categoría de *psíquicos*, esto es, *animales*, como traduce esta expresion la Vulgata. Verdad es que abusaron de dicho Evangelio, tomando de él algunas voces y expresiones; mas esto fué un argumento *ad hominem*, ó una estratagema de guerra para engañar á los incautos, procurando, no hacer recibir un libro ántes desconocido, sino valerse de una obra autorizadísima y ya acreditada á fin de autorizar sus errores, adornándolos con girones desprendidos del manto de la verdad, pero tan burdos y desacordados al aplicarlos á sus teorías, que, léjos de poder suponerlos autores ocultos del cuarto Evangelio, manifiestamente se los descubre bien zurdos intérpretes. Basta para ello echar una mirada á la primera *ogdóada de Eones*, esto es, á las cuatro parejas (*syzygiai*), que son el *Padre* y el *Silencio* (*Sigüé*), el *Unigénito* (ó la mente, *Nous*) y la *Verdad*, el *Verbo* y la *Vida*, el *Hombre* y la *Iglesia*, para ver que ninguna de estas locuciones está tomada en el sentido claro, sencillo y natural de Juan, y los esfuerzos impotentes de Valentino y los suyos para acomodarla á su sistema. Al mostrarse estas palabras rebeldes al artificio valentiniano, se demuestran anteriores, autorizadas ó independientes. Ni sé qué marca es más torpe y digna de un hiper crítico; si la de derivar lo sublime de Juan de lo grotesco de los gnósticos, ó la casta y sobria simplicidad de los sinópticos de las hiperbólicas y ridículas fábulas de la literatura apócrifa. ¡Mas hay una *crítica científica* que no rehuye lo uno ni lo otro, y encuentra quien lo aplauda! (Ghiringhello). Tampoco pudieron inventar el cuarto Evangelio otros escritores de creencia diversa ó contraria, como quienes no tenían en ello interés, ó le tenían opuesto. Mucho ménos los católicos por las razones alegadas que repetiremos rápidamente: 1.º, porque su criterio para admitir los libros

canónicos era la tradición de los obispos, entónces tan viva y próxima á los Apóstoles; 2.º, porque repudiaban y detestaban el fraude y la impostura, siempre reprobados y detestados en la Iglesia; 3.º, porque la índole de este Evangelio discrepaba tanto de la de los sinópticos, que esto solo debió poner en guardia á los obispos para admitirle, si su origen no les constaba con evidencia; 4.º, porque de él abusaban las sectas heréticas; 5.º, porque ni entre católicos ni entre sectarios hubo un talento capaz de inventar este Evangelio, como lo prueba la literatura eclesiástica de aquel tiempo; 6.º, porque el inventor aquí hubiera sido más grande y divino que el héroe: tal es la admirable profundidad y celestial doctrina del libro; y al mismo tiempo hubiera sido un torpe impostor, que no se cuida de hacer verosímil su impostura, aproximándose algo más á los sinópticos y evitando palpables antilogias.

¿Sería, como quiere M. Nicolás, aquel *Presbyteros Joannes* de quien habla Papias, y de cuyos labios, y de los de Aristion, con tanto anhelo gustaba oír las tradiciones acerca del Señor? Vamos á examinar esta hipótesis, no ménos caprichosa é inútil que las demás. Despues de probar por la comparacion de las dos últimas cartas de Juan con la primera y con el Evangelio, que estos cuatro escritos son de una misma persona, en lo cual no seremos nosotros por cierto los que le hemos de contradecir, discurre así: «Adviértase que de estos cuatro escritos de un mismo autor, hay dos, el Evangelio y la primera carta, que son anónimos (ya hemos visto, y el adversario lo reconoce, que el Evangelio indica bien claramente ser del Apóstol Juan; aunque no lo diga en términos expresos), miéntas que los otros dos llevan, no el nombre, sino la calidad del que los ha escrito. Él se designa con el título de *presbítero*, sin duda *el presbítero* de la circunscripción á que pertenecian las personas á quienes van estas cartas dirigidas; y es esto tanto más de creer, cuanto que él mismo anuncia en ambas que espera ir bien pronto á visitarlas, y habla como hombre encargado de instruir las, y que tiene ciertos derechos á la inspeccion de sus iglesias. ¿Qué concluir de aquí, sino que los otros dos escritos son tambien de este presbítero?» Lo que de aquí se debe concluir es que todos cuatro escritos son del Apóstol

Juan, á quien convienen perfectamente todos los caractéres y circunstancias enumeradas. Él era á la letra *el presbítero* de las iglesias de Asia, y su inspector, sin perjuicio de los presbíteros é inspectores ú obispos de cada una de ellas, y estaba, por tanto, encargado de enseñar y confirmar en la fe á todos los fieles, y los visitaba á veces, con autoridad de Apóstol y Obispo. Que presbítero vale aquí tanto como obispo lo sabe todo teólogo, puesto que hasta más tarde no anduvo separado el título y nombre y dignidad de obispo del de simple presbítero. También se cree por muchos que la circunstancia de haber llegado San Juan á edad tan avanzada, hizo que se le diera comunmente el título de *el anciano presbítero*, y léjos de ser esta explicacion enteramente arbitraria, como dice Nicolás, está basada en el hecho real de la ancianidad del Apóstol, y en el amor y familiaridad con que trataba á los fieles, por lo cual es verosímil que gustase de llamarse como ellos le llamaban, atendida especialmente la doble significacion de la palabra presbítero, que en todos sentidos le convenia perfectamente. Se ve, pues, que no hay aquí sino una simple conjetura de que el autor de las dos cartas fuera un presbítero particular, y de ningun modo es suficiente para contrarrestar el peso inmenso de toda la tradicion cristiana, el testimonio del mismo Evangelio y las razones todas que hemos apuntado para adjudicarle al apóstol Juan. Inútil es despues de lo dicho refutar la idea de que este presbítero fuera ó no el Obispo particular de Efeso, discípulo probablemente del apóstol Juan segun M. Nicolás. Ni este discípulo pudo darse tantas veces como *testigo ocular* de los hechos que refiere el Evangelio, ni pudo seducir á todos sus contemporáneos y sucesores, ni su escrito adquirir la misma autoridad que los de los Apóstoles. Pensemos un momento en la sinceridad y huena fe que brilla en los Evangelios con más claridad que el sol de medio dia; en la sinceridad y buena fe de unos hombres, como la mayor parte de los cristianos primitivos, que tuvieron que abandonar sus preocupaciones, sus creencias, sus intereses y sus costumbres para seguir la nueva conviccion, posible sólo á fuerza de evidencia; en la sinceridad y buena fe de unos hombres que, por no hacer traicion á sus nuevas creencias, se dejaban llevar al cadalso,

como ovejas al matadero: y atrevámonos despues á atribuirles linaje alguno de supercherías; atrevámonos á suponer que tenían conocimiento de ellas en la redaccion de los Evangelios, y con todo eso los reconocieron y veneraron como las cuatro columnas de la fe, en expresion de San Ireneo. ¡Y aquí no hay medio! O el Evangelio cuarto es del apóstol Juan, ó es un fraude y superchería indigna. Aunque el capítulo xxi no fuera auténtico, lo es por confesion de todos la primera carta, que viene á formar un todo con el Evangelio; y esto basta y sobra para demostrar que el autor se da por testigo ocular de los hechos, y este testigo, atendido el contexto del libro, áun hecha abstraccion del capítulo xxi, es el discípulo á quien amaba Jesús, el apóstol Juan. No ventilamos otra hipótesis que podria presentarse, la de ser obra de un discípulo de Jesús distinto del apóstol Juan, porque, además de absolutamente arbitraria y gratuita, es contraria á las pruebas alegadas, é inútil para las escuelas racionalistas, cuyo interés está precisamente en atribuir los escritos evangélicos á personas posteriores á los discípulos mismos de Jesús, ó á otros bajo su direccion y autoridad, y claro es que nada adelantarian en sustituir un discípulo de Jesús con otro, uno con otro testigo ocular.

¿Cómo sucedió, pregunta M. Nicolás, que la tradicion diera por autor del Evangelio al apóstol Juan? Porque la tradicion, responde, no se pára nunca en los términos medios, sino que sube siempre al origen; y la doctrina del cuarto Evangelio fué verdaderamente la del apóstol Juan. Mas «uno de los miembros de aquella sociedad cristiana (de Efeso) compuso, tomando por guía la enseñanza de Juan, un cuadro de la obra de Jesús. Este trabajo, en el que tomaron parte quizá muchos otros, no estaba destinado al principio, segun todas las probabilidades, sino á la edificacion del grupo de fieles que se reunian alrededor del Apóstol. ¿Dió Juan su sancion á esta obra? *Es posible.* Nada en efecto podia parecerle opuesto á sus miras y sentimientos. Si Jesucristo estaba allí designado bajo términos metafísicos de que no se habia servido Juan, y que quizá no conocia ántes de llegar á Efeso, en medio de hombres habituados al lenguaje theosófico del tiempo, estos términos debieron parecerle propios para expresar la idea mística que él

se formaba de su divino Maestro. No habia razon para que no viese en este libro una exposicion docta de su fe en el Salvador, y en realidad no habia sido compuesto más que para reproducir su propia enseñanza. Si pasaron así las cosas, necesariamente debió resultar que este escrito fuera generalmente mirado como el Evangelio del apóstol Juan.» Pues las cosas no pudieron pasar así. Porque el cuarto Evangelio no es una mera exposicion de las doctrinas que Juan enseñara acerca de Jesús, ó el Verbo; es, ante todo y sobre todo, una narracion histórica, en la que se refiere lo que verdaderamente ocurrió y conviene al plan del narrador, ó se falta abierta y descaradamente á la verdad, cosa que ni el apóstol Juan pudo hacer, ni *autorizar con su sancion*, que da lo mismo. Podria un gnóstico convertido, un judío helenista, un theósofo de la escuela alejandrina haber expuesto con más ó ménos fortuna y fidelidad la *concepcion mesiánica* de Juan, y éste haberla aprobado; pero ninguno pudo faltar á la verdad refiriendo que Juan Bautista dió tal y cuál testimonio, que Jesús hizo tales milagros y habló tales y cuales cosas con sus discípulos, con los fariseos, con Nicodemo, con la Samaritana. Y si hubo quien á tanto se atreviera, no fué posible que Juan lo autorizase con su sancion, ni que, en caso contrario, lo creyese alma viviente. Esto, como se ve, no tiene pizca de valor científico; es pura y simplemente volver á la grosera concepcion de los materialistas del siglo pasado, que tenian á Cristo y sus Apóstoles por impostores y pillos, concepcion que sublevaba el ánimo de J. J. Rousseau, y le arrancó la más elocuente página quizás de su Emilio y de todos sus escritos. De tal manera insisten el cuarto Evangelio y la primera carta en el carácter histórico de la narracion, que precisamente por esto, por repetir una y otra vez que lo que se refiere es verdad, que el narrador lo vió con sus ojos y palpó con sus manos, se pone en guardia nuestro adversario, admitiendo que es sospechosa tanta insistencia. No tiene razon en sus sospechas, pues no debe ignorar, y por cierto no lo ignora, que las negaciones surgieron muy pronto, que muy pronto hubo, por ejemplo, quien no creia que Jesús tuviera cuerpo real ni que pudiera haber salido de su cadáver sangre y agua; pero á nosotros nos conviene tomar nota de este carácter narra-

tivo del Evangelio cuarto, reconocido por todo el mundo y por el mismo M. Nicolás, para que se vea claramente la futilidad é inutilidad de su hipótesis. Mucho ménos puede admitirse que todo se hiciera sin conocimiento del apóstol Juan ó despues de su muerte, porque en tal caso, á la imposibilidad del fraude, se agrega la imposibilidad de que le acogieran los fieles y los pastores, entre los cuales hubo tantos mártires, y precisamente de los discípulos de Juan, como Ignacio y Policarpo; se agrega la imposibilidad manifiesta de que cuarenta ó cincuenta años despues corriera el cuarto Evangelio con autoridad canónica, no ya en la Iglesia de Efeso y las vecinas, sino en Siria, Palestina, Antioquía, Egipto, Cartago, Italia, Francia y España, cuando nos consta cuántas dificultades oponian los propósitos de las iglesias para admitir como libros canónicos los que iban llegando despues de formadas, hasta no haber adquirido plena certidumbre acerca de su autenticidad, de lo que tenemos numerosas pruebas en la carta á los Hebreos, el Apocalipsis, etc., por bastante tiempo rechazados en algunas iglesias particulares. Concluyamos, pues, que no es posible atribuir el cuarto Evangelio á ningun discípulo de Juan ó á cualquiera otra persona posterior, ni autorizada por él mismo y con su beneplácito y sancion, lo que por otra parte nada ayudaría á la causa racionalista, ni mucho ménos ignorándolo él ó despues de su muerte, y M. Nicolás puede en conciencia echarse á buscar otra hipótesis, si tiene resuelto no ceder á los más evidentes testimonios de la historia y del libro mismo en cuestion.

Porque al fin y al cabo es verdad que el cuarto Evangelio dice que fué Juan, ó sea *el discípulo á quien amaba Jesús*, el que le escribió, porque así se afirma en el capítulo último, ó sea el XXI, el cual es perfectamente auténtico. No tenemos que hacer gran caso de la opinion de Renan, que cita este capítulo para probar que Juan fué rival de Pedro, y en otras partes da por evidente que fué añadido *après coup* por los discípulos de Juan, para responder á las objecciones que ya se sacaban de la muerte del mismo. Es, sin embargo, muy frecuente entre los racionalistas y aún entre los que admiten la genuinidad del Evangelio, negar la del último capítulo, porque *parece evi-*

dente que los últimos versos del cap. xx contienen la conclusión del libro. Admirable es que necesiten tan poca cosa para adquirir *evidencia*, y se muestren tan reacios y escépticos ante la multitud y gravedad de los motivos que alejarían toda duda sobre la autenticidad del Evangelio, y de este capítulo en particular, si se tratase de una obra de Heródoto, Tucídides ó de cualquier otro autor de historia antigua ó moderna. Donde tenemos una prueba más de cuán necesaria es en crítica histórica la carencia de toda preocupacion que pueda influir en nuestros juicios, y cuán verdadera y profunda la sentencia de Cristo: *si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo quedará iluminado; pero si tu ojo fuere defectuoso, todo tu cuerpo quedará oscurecido*. Nosotros opinamos que es difícil hallar otro trozo de la literatura bíblica cuya autenticidad sea más demostrable. A la verdad, la simple lectura de los últimos versos del capítulo anterior nos había hecho creer probable que el autor pensara terminar allí su obra, y que despues añadió el resto, movido de algunas razones, y, por eso en nuestra obra sobre la Santa Biblia no insistimos más en probar la autenticidad del fragmento en cuestion, por no parecernos necesario. Mas habiendo leído con detenimiento el capítulo xxi y las consideraciones del doctor Ghiringhella, hemos llegado á participar de su certidumbre acerca de la unidad é íntima conexión de aquel capítulo con el precedente. Copiaremos los palabras de este eruditísimo escritor y eminente crítico: «Las pruebas extrínsecas (es decir, los textos, manuscritos, versiones y citas de los Padres) están todas á su favor y ninguna en contrario; las intrínsecas, no sólo no contradicen la autenticidad del fragmento, sino que manifestamente la proclaman, ya por la consonancia del lenguaje (véase Maier, *Comentar.* 21-23, Güntner, *Introd.* 228; Credner, *Introd.*, § 96); ya por la evidencia de la narración, frescura del colorido y verdad de los caracteres que revelan al testigo ocular (v. xxi, 2-13, 15-17, 20-22), al pescador (Ib. 8, 11), como al apóstol predilecto de Cristo é inseparable compañero de Pedro (Ib. 7, coll. 4, 20-21); ya, por último, por la íntima conexión de este capítulo con el precedente cuerpo del Evangelio, del cual, en vez de una adición ó apéndice póstumo, es un inseparable y necesario complemento.

A la verdad, el verso 30 del capítulo anterior, lejos de ser una cláusula final de la narracion precedente, es una transicion á la siguiente, previniéndose al lector que sólo quiere hablar el autor de algunas, no de todas las apariciones de Cristo á sus discípulos en *Judea* (y calla, v. gr., la acaecida á Simon y á los discípulos de Emmaus, Lucas xxiv, 13-14), y en especial de aquella que habia de confirmar la fe de los otros con la incredulidad vencida de Tomás (Juan xx, 31 coll. 24-20); á las cuales quiso agregar otra que tuvo lugar despues en *Galilea* (xxi, 1-23), ya por la prueba evidentísima de su realidad, ya por el primado conferido á Pedro y la clara prediccion del género de muerte del mismo, ya tambien para desmentir un vano rumor, debido á una falsa interpretacion, y originado acaso de haber salido Juan ileso del aceite hirviendo, segun la tradicion que nos trasmiten Tertuliano (*de praescrip.* c. 36) y Jerónimo (*adv. Jovin.* 1, 26); mas la indeterminacion en que se deja el dicho que á él se refiere, comparada con la clara exposicion del que se refiere á Pedro (v. xxi, 22-23, comp. 18-19), demuestra bien que éste era ya muerto y aquél vivia aún. Ahora bien; como apareceria roto el discurso y manca la narracion sin los dos versículos últimos, así no podia concluirse de otro modo, ni más convenientemente que con el testimonio de aquel que, á imitacion del otro Juan, á ejemplo y segun el mandato de Jesús (v. i y iii, v, 31-47, vii, 7, viii, 13-18, xviii, 37), nada tenía más en el corazon y en la práctica que el dar testimonio de la verdad. Testimonio tan oportuno y conveniente en boca del discípulo predilecto, y quizá el único que aún subsistia de todos los Apóstoles y discípulos inmediatos de Cristo, como inconveniente, por no decir absurdo, en boca de otro; no tratándose en manera alguna, como falsamente se supone, de autentizar el escrito, sino la veracidad del escritor: *sabemos que su testimonio es verdadero*, xxi, 24. Es, pues, infundada y hasta cierto punto ridícula la hipótesis (aceptada tambien por el católico Maier, no sé por qué) de atribuir los dos últimos versos á cualquier anciano de la iglesia efesina, no necesitando este Evangelio ni de esta ni otra cualquiera atestacion semejante; ya que no fué escrito para un fin y uso privado, sino á instancia y en obsequio de

todas las iglesias del Asia proconsular, y fué acompañado en su primera promulgacion de la primera carta del mismo Apóstol. Aquella atestacion ajena y extrínseca, no es sólo supérflua é inverosímil, sino que la excluye el mismo tenor de dichos dos versículos y su confrontacion con los precedentes, ya que en el penúltimo se identifica el evangelista con el discípulo predilecto de quien se viene hablando, pero no se indica el nombre de otra manera, nueva prueba de la modestia del escritor y de la autenticidad del escrito y de este versículo mismo, el cual, en vez de una adición inútil que nada autentiza ni aclara, se muestra parte integrante y como el eco final de los testimonios precedentes (v. y comp. *xxi*, 24 con *xix*, 35 y *xx*, 31, 1, 14; 1 epíst. Joan. 1, 1-5; 3 Joan. 12; Apoc. 1, 1-2), todos igualmente auténticos y genuinos. Es también pueril la dificultad que encuentran los críticos contrarios en el paso de la tercera persona de singular á la primera de plural en el mismo verso, como si semejante tránsito fuera inusitado, y no más bien natural y espontáneo, equivaliendo la tercera persona á la primera cuando se dirige á la segunda (v. Joan. *xix*, 35 y *xv*, 31), y correspondiendo la cláusula final á la inicial (comp. *xxi*, 24 con 1, 14). Ni advierten que cuanto es natural el tránsito del escritor de la tercera á la primera persona de plural (*xxi*, 23-24) ó singular (Ib. 25), según que se trata de una creencia (1, 14; *xxi*, 24 comp. *xix*, 35) ó de una opinión propia (*xxi*, 25); otro tanto es extraño y contradictorio por añadidura, en la sentencia de ellos, el tránsito de la primera persona, que en tal hipótesis sería un verdadero plural, á la primera de singular, y peor aún el salir con una hipérbole no extraña al estilo de Juan (comp. *xxi*, 25 con *xii*, 19 coll. 1, 11-12 y *iii*, 32-33), ni inconveniente á un apóstol, testigo ocular de todos los hechos de Cristo, pero impertinente en quien sólo por la tradición tuviese de ellos noticia. Añádase que este versículo es correlativo al análogo precedente (comp. *xxi*, 25 con *xx*, 30), que es como el prelude de esta formal, absoluta y universal conclusion extensiva á todas las obras y palabras de Cristo, mientras que la primera se refiere sólo á las apariciones, y no á todas, sino á las ocurridas en la Judea. Y del mismo modo el verso 24 corresponde al 35 del cap. *xix*, con

la sola diferencia de que el *ekeinos* (aqué!) allí expresado, y relativo al *testigo ocular* (el que lo vió lo atestiguó), esto es, al citado *discipulo predilecto presente* (y al discipulo que amaba, allí presente, XIX, 26), y repetido XXI, 23 por la continuacion y cláusula del discurso, va seguido de *óutos* (éste); mas así como *aquél* se identifica con el escritor, y endereza la palabra al lector atestiguando; así *éste* pasa con igual naturalidad y oportunidad de la tercera á la primera persona. Por lo demás, el uso promiscuo de éste del plural y singular, encuentra su análogo en las palabras de Cristo (Joan. III, 11-12), que tienen gran semejanza con los testimonios de Juan, señaladamente 3 Joan. 12-13. (Conf. Holemann, *Bibelstudien*, Leipzig, 1861, 2.^a Abth. S. 61 y sig.)» Hasta aquí el doctor Ghiringhella. De la falta del último verso en el códice sinaítico, no es necesario ocuparse, porque no falta en la mayor parte de los manuscritos de más autoridad, y el mismo Tischendorf, cuyo amor al códice citado es quizá exagerado por el afecto de paternidad, no toma en cuenta esta omision en su edicion triglotta, única que poseo. Y baste este estudio íntimo del cap. XXI en cuestion, para comprobar su autenticidad contra unos críticos que sólo tienen por fundamento de su negacion el que «es evidente que los dos últimos versos del cap. XX encierran la conclusion del libro.» Nos parece que el doctor Ghiringhella ha hecho justicia á esa *evidencia*.

El que haya leído con detenida imparcialidad lo que llevamos dicho, y más si ha confrontado cuidadosamente las citas, habrá adquirido la convicción, no lo dudamos un momento, de la autenticidad del cuarto Evangelio, como obra del apóstol Juan, así por los caractéres y testimonios del mismo libro y carta primera, como por el peso inmenso de toda la tradicion sin contradicción alguna seria. Pero cuantos se hallan un poco acostumbrados á este género de cuestiones saben que no hay una sola obra antigua, áun de aquellas cuya autenticidad está más universalmente reconocida, que no presente algunas dificultades de detalle, que los críticos con razon no toman en cuenta para la cuestion de autenticidad, limitándose á darles una solucion probable ó verosímil. La empresa del jesuita Hardouin de negar la autenticidad de todos los clásicos griegos

y latinos, atribuyendo su composicion á monjes de la Edad-media, fué justamente despreciada por todos los hombres sensatos, y lo es sin excepcion, no porque le faltasen motivos y datos en que apoyar sus conjeturas, no porque no presentara ingeniosas y á veces imponentes dificultades, sino porque todas ellas no servian para contrapesar á la tradicion universal y á los caractéres clarísimos de autenticidad de las obras mencionadas. Pues esto sucede precisamente con los libros de la Biblia, y en particular con el que es objeto del presente estudio. El buen sentido de los lectores imparciales no sufrirá sorpresa alguna por tal cual dificultad que se ofrezca, tal cual sutileza que se presente para contrabalancear la multitud de razones irresistibles que ponen fuera de duda su autenticidad. Mas como nos hemos propuesto tratar la cuestion con toda imparcialidad, no hemos de ocultar al lector esas dificultades y objeciones, sino que las examinaremos una por una, tomando en lo posible las mismas palabras de alguno de los críticos nuestros adversarios que las presenten. En las respuestas no buscaremos sino probar que esas dificultades tienen todas solucion probable ó verosímil, pues, una vez adquirida la conviccion de la autenticidad del libro, no es preciso demostrar que tal dificultad carece de todo valor, sino sólo que es insuficiente para anular las pruebas contrarias; no es preciso demostrar que *tal cosa es así*, sino que basta demostrar que *así puede ser*.

Grande es la ceguera de los críticos de Tubinga, como Hilgenfeld y Schweigler, que todavía insisten en relegar la composicion del cuarto Evangelio al siglo II ya bien entrado, á pesar de habérseles opuesto el uso que hacian de él en tiempo anterior católicos y sectarios. Contra preocupaciones tan arraigadas es inútil toda insistencia, porque no se ha de convencer á hombres que, en tal caso, tendrían que quemar todas sus obras, como dice cándidamente Strauss, perteneciente á la misma *escuela*, aunque no sea natural ni profesor de aquella universidad. Digo esto en justa defensa de Mgr. Freppel, á quien ha querido zaherir Alberto Reville con semejante cavirosidad. ¿Y qué razones alegan esos críticos para sostenerse contra hechos tan palpables? Hipótesis y nada más. La oposi-

cion entre el judaismo y el paulinismo y su conciliacion por el cuarto Evangelio, la imposibilidad de que un judío-cristiano ardiente, como Juan, escribiera el *Apocalipsis*, el libro más estrictamente judío-cristiano, y el cuarto Evangelio, en que las dos doctrinas opuestas se concilian en una síntesis superior, aunque prevaleciendo el espíritu de universalidad del paulinismo. Es decir que del modelo de la más estrecha fraternidad y admirable caridad y armonía, han sacado estos críticos, mediante falsas interpretaciones, la guerra y la division: la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma, según frase del libro de los *Actos de los Apóstoles*, y nuestros sabios han visto en ellos el más profundo antagonismo, exagerando hasta lo sumo pequeñas diferencias de conducta debidas á circunstancias accidentales y pasajeras, y rumores y disgustos si se quiere, que no puede ménos de haber en una sociedad numerosa. Es cierto que hubo cristianos que daban demasiada importancia á las ceremonias y estatutos mosaicos, pero no lo es que entre ellos hubiera algun Apóstol, siempre que esto se entienda en sentido doctrinal, y no como un temperamento caritativo para no escandalizar á los neófitos. Verdad es, por ejemplo, que Santiago continuó muchos años en Jerusalem frecuentando el templo, y quizá cumpliendo las ceremonias de la ley, aunque esto no consta; pero tambien lo es que todos en el Concilio de Jerusalem declararon á los cristianos exentos de los ritos hebreos, exceptuando el uso de sangre y animales sofocados; verdad es que convinieron con Pablo los tres Apóstoles que se consideran corifeos del otro partido, en que predicara como lo hacía á los gentiles, dándole la mano en señal de aprobacion y amistad; verdad es que el mismo Pablo hizo circuncidar á Timotheo, que él mismo cumplió un voto de nazareato temporal, que Pedro fué el primero que otorgó el bautismo á gentiles sin la prévia profesion de la ley mosaica, en suma, que en los Evangelios sinópticos, en el cuarto, en los *Actos* y en el *Apocalipsis* hay testimonios evidentes de lo que se llama el paulinismo, el espíritu universal de la nueva religion, y que no hay el motivo más liviano para sostener aún la idea de esa lucha entré los Apóstoles y primeros obispos, exceptuados sólo los sectarios llamados nazareos y ebionitas. La

Jerusalén del *Apocalipsis* no es la ciudad material, ni las doce tribus representan al pueblo israelita, ni Israel es la descendencia de Jacob: evidentemente es este un lenguaje figurado; se trata de la *Jerusalén nueva*, de oro y pedrerías, del pueblo redimido por Cristo, etc., etc.; y el empleo de semejantes metáforas está justificado por el estilo profético del autor y el de los modelos que imitaba, los antiguos profetas. Pero una cosa es el vestido y otra el cuerpo, una la forma y otra el fondo, y este es con toda evidencia cristiano-católico, y los santos que acompañaban al Cordero y cantaban sus alabanzas eran *de toda lengua, tribu y nación*. Lástima da ya perder el tiempo en una cosa evidentísima y demostrada hasta la saciedad, por lo que no insistimos más en ella.

Parecida consecuencia quieren sacar de otro principio falso. El cuarto Evangelio, dicen, lleva demasiadas huellas de gnosticismo, y de gnosticismo avanzado, pudiéndose decir que representa el tránsito de la gnosis valentiniana á la marcionita. Si á esta objeción replicáramos que no es el cuarto Evangelio el que lleva huellas de gnosticismo, sino el gnosticismo el que lleva huellas evidentes de las doctrinas evangélicas, afirmaríamos una verdad que podremos comprobar con no pocos documentos históricos, cosa que en ninguna manera es dado hacer á nuestros adversarios. Los Padres, singularmente Ireneo, Tertuliano y Clemente Alejandrino, hacen repetidas observaciones acerca de la falsa interpretación que daban las sectas gnósticas á las Sagradas Escrituras, y la historia de la filosofía muestra el origen de la gnosis en la filosofía sincretística, que mezclaba los dogmas de Platon, Pitágoras y Aristóteles con las theosofías orientales y las doctrinas hebráicas, á que se agregaron las cristianas inmediatamente que éstas fueron predicadas. Los doctos de la época vieron en el cristianismo una nueva filosofía, como realmente lo es, si se ha de tomar esta palabra en su primitiva y genuina significación; se creyeron autorizados para tratarla como á las demás, quitando, poniendo, mezclando y modificando lo que á cada uno parecia mejor, y esos en su presunción se llamaron á sí mismos gnósticos, es decir, iluminados ó sabios, despreciando como vulgo á los que aceptaban integralmente el cristianismo con toda sencillez.

¿Quién pues ha de extrañar que en los escritos de las sectas gnósticas se encuentren grandes analogías con el cuarto Evangelio? Mas no son ellas la fuente, sino arroyuelos distraídos de su recto y legítimo curso. El gnosticismo aparece ya combatido en las cartas de San Pablo, singularmente en las dirigidas á los fieles del Asia Menor, como los efesios y colosenses, donde sin duda florecia la cultura literaria y filosófica derivada de la entonces metrópoli de las letras y las ciencias, Alejandría. El tacto exquisito con que saben apreciar los adversarios la marcha sucesiva de los sistemas gnósticos, hecha abstracción de los datos históricos, determinando cómo nacieron y cuándo, cuál fué primero y cuál despues, no pasa de ser una impertinencia de erudito, que pretende construir de nuevo la historia sin creer en ella. ¿No nos ofrece la historia literaria y científica innumerables ejemplos de obras anteriores, inmensamente mejores que otras que vinieron siglos despues, y no sólo por la forma, sino aún por el mayor y más claro y profundo desarrollo de la materia que tratan? Pero entremos en un estudio más íntimo de las doctrinas y forma de exposicion del cuarto Evangelio, y se adquirirá la certeza de que en él todo es cristiano y tradicional, todo procede de los labios de Jesús y de los libros del Antiguo Testamento. Hablará casi sólo Ghiringhello.

Los discursos y la metafísica del cuarto Evangelio disgustan tanto á M. Renan y otros críticos de su bando, que de aquí han tomado sus principales argumentos, si no para negar la autenticidad del libro, al ménos para negar la de los discursos, como verdaderamente pronunciados por Jesús, y para considerarlos como obra del mismo Juan, ó de algun discípulo suyo, segun la opinion que más place á estos señores. «El pone en boca de Jesús, dice Renan, discursos cuyo tono, estilo, marcha, doctrinas nada tienen de comun con las *loguía* referidas por los sinópticos. Bajo este segundo respecto la diferencia es tal, que hay que elegir resueltamente. Si Jesús hablaba como quiere Mateo, no ha podido hablar como quiere Juan. (¿Y por qué no? ¿Era Jesús un Renan, que no sabe salir de su estilo meloso, retórico y *nuancé*?) Entre las dos autoridades ningun crítico ha vacilado ni vacilará.. Estas nociones de metafísica

abstracta, la gnosis oscura, la metafísica contrahecha... El tono místico de estos discursos no responde en nada al carácter de la elocuencia de Jesús tal como nos la figuramos según los sinópticos. Me atrevo á desafiar á cualquiera á que componga una vida de Jesús que tenga sentido, ateniéndose á los discursos que Juan le presta (no tendrá sentido racionalista, pero ¡vaya si tiene otro!) Esa manera de predicarse y exhibirse sin cesar, esa perpétua argumentación, esa representación escénica sin sencillez, esos largos razonamientos á consecuencia de cada milagro, esos discursos secos y zurdos cuyo tono es tantas veces falso y desigual, como por ejemplo II, 25, III, 32-33 (donde es Juan Bautista el que habla) y las largas disputas de los caps. VII, VIII y IX (el cual contiene el proceso del ciego), no serían sopartados por un hombre de buen gusto (como el de Renan, es cosa clara) al lado de las deliciosas sentencias de los sinópticos. Frecuentemente se deja sentir que el autor busca pretextos para colocar sus discursos (caps. IIII, V, VII, XIII y siguientes, donde no se cuida el crítico de las circunstancias particulares en que fueron proferidos). Se siente el procedimiento facticio, la retórica, el aparato (ya veremos cuán distinto es el juicio de Reuss, maestro en muchas cosas de Renan; alude aquí al cap. XVII). Agreguemos que no se encuentra el *vocabulario* de Jesús en los trozos de que hablamos. La expresión *el reino de Dios*, tan familiar al Maestro (y cita en prueba hasta el Apocalipsis), no figura aquí más de una sola vez (y cita dos III, 3 y 5). Al contrario, el estilo de los discursos prestados á Jesús por el cuarto Evangelio, presenta la más completa analogía con el de las cartas de Juan; se ve que al escribir sus discursos, seguía el autor, no sus recuerdos, sino el movimiento asaz monótono de su propio pensamiento. Toda una lengua mística se despliega allí, de la que los sinópticos no tienen la mener idea (*mundo, verdad, vida, luz, tinieblas*, etc.). Si Jesús había hablado en ese estilo, que nada tiene de hebreo, nada de judío, nada de talmúdico, si me atrevo á expresarme así, ¿cómo uno solo de sus oyentes habría guardado tan bien el secreto?...» *Vie de Jesús*, XXV, XXX, XXXIII, XXXV.

Antes de pasar adelante, queremos copiar un fragmento de Reuss, invitando al lector á que haga por sí mismo la prueba,

para que vea claramente lo infundadas y falsas que son las acusaciones que acabamos de transcribir. Cuanto Rousseau dice en general de los Evangelios («jamás autores judíos hubieran encontrado este tono y esta moral; y el Evangelio tiene tan manifiestos caracteres de verdad, tan grandes, tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más admirable que el héroe,» *Emile*, lib. iv), lo confiesa Reuss cándidamente en cuanto á los discursos referidos por Juan: «Hará observar aún las relaciones íntimas que existen frecuentemente entre los discursos más elevados, más místicos (caps. iv, v, vi, etc.), y los hechos históricos, sencillísimos, milagrosos ó no, confirmados por las otras narraciones (sinópticas), le sería fácil hacer ver que Jesús tenía el hábito de aprovecharse de todas las ocasiones para conducir los espíritus á consideraciones de un orden más elevado, y que bajo su mano los primeros objetos que le presentaba la casualidad, le servían de puntos de apoyo palpables para las inteligencias ménos cultas. Esta misma elevación de ideas debe ser una garantía más de su autenticidad (de los discursos del cuarto Evangelio). La historia acredita la distancia que separaba á los discípulos del Maestro, los grandes trabajos que pasaban para comprender su pensamiento y seguir su mirada en lo porvenir. Difícil sería atribuir á uno de ellos concepciones tan puras como las que distinguen este cuarto Evangelio. Ciertamente, que haya sido filósofo helenista ó pescador galileo, si esta eschatología tan completamente desprendida del judaísmo, si esta idea espiritual del milagro, si esta profundidad del sentimiento religioso le pertenecen como autor, y no le vienen de la boca de Jesús, el discípulo es más grande que el Maestro. Pero no, no lo es, ni con mucho.» Y hablando del último coloquio de Cristo, dice así de Juan: «Su alma estaba suspensa de los labios de su Señor, y aspiraba con la concentración de un santo amor aquella vida que se preparaba á partir, y ésta vino á ser en aquella un manantial inagotable de agua vivificante.» Y véase una muestra del fruto que se saca en confrontar los autores mismos indicados por Renan; miéntras él llama *estrafalario* (bizarre) al cuarto Evangelio, y á Juan un *falsificador* del carácter de Jesús y corruptor del cristianismo naciente.

No se puede censurar con justicia el orden y método del cuarto Evangelio, sin tener en cuenta el objeto del autor al escribirle. Muchas palabras pronunció Jesús y muchas obras hizo, que no están escritas en él; y las que están escritas lo fueron *para que creais que Jesús es Cristo, hijo de Dios, y creyendo obtengais la vida en Él* (cap. xx, 31). No fué su objeto dar una exposicion continuada, ni mucho ménos completa, de los dichos y hechos de Jesús, cosa que ningun evangelista se propuso, ni tampoco suplir de propósito las narraciones de los sinópticos, ó repetir lo dicho por ellos y conocido por todos; sino que de las muchas cosas oidas ó vistas por él y no tocadas por los otros, ó no tratadas con las mismas circunstancias particulares, quiso escoger aquellas que, en las condiciones presentes y ya diversas, juzgó más oportunas para vigorizar la fe en los creyentes y ponerlos en guardia contra las falsas opiniones que, como cizaña sembrada por el enemigo en medio del buen grano, amenazaban sofocarlo. De aquí aquella frecuente insistencia en la necesidad, en los motivos, en el mérito de creer y en las consecuencias de la incredulidad. Que tales fueron sus fines, lo acreditan sobre cuarenta pasajes de este Evangelio que se refieren al último objeto mencionado, y casi otros tantos, escogidos de preferencia por el autor, como hechos ó dichos de Jesús, que habian sido ocasion ó prueba de la fe de unos y de la incredulidad de otros: que quiso preservar á los creyentes de las falsas opiniones que ya circulaban, lo acreditan expresamente el cap. ii, 18-27 y iv, 1-3 de su primera carta dedicatoria, y como la auténtica del Evangelio. De aquí tambien la preponderancia de los discursos sobre los hechos, tan natural en quienes, como Juan y Mateo, recordaban los primeros como testigos que los habian escuchado, y podian suponer bastante conocidos los segundos, y otro tanto oportuna al objeto particular de Juan, esto es, de afianzar reforzando la fe, y preservarla contra falsas opiniones, proveyendo como evangelista á la misma necesidad que quisieron satisfacer Pedro, Pablo, Santiago y Júdas y él mismo en sus respectivas cartas; de cuya necesidad tomó este Evangelio, en cuanto era posible, su procedimiento y tenor. Era, pues, un hecho natural y conveniente que éste tomase un carácter más

apologético y comprobatorio y ménos impersonal que el de los sinópticos; y en haberlo logrado, atendida la diversidad de condiciones, vemos un argumento en corroboracion de su autenticidad y una presuncion de veracidad. Es, sin embargo, una exageracion el decir que muestra el autor *sin cesar* las preocupaciones del apologista, en cuyo abono cita Renan los capítulos xix, 35, xx, 31 y xxi, 20-23, 24-25, es decir, dos solos pasajes, y otros dos del cap. xxi que él declara apócrifo, como hemos visto arriba. En cuanto á las *mil leguas* de distancia entre el tono de este Evangelio y el de los sinópticos, cita el mismo autor como ejemplo los capítulos ix y xi, es decir, el proceso jurídico sobre la curacion del ciego de nacimiento y la resurreccion de Lázaro; dos capítulos en que la naturalidad y espontaneidad del diálogo y la viveza del colorido es incomparable, y no admite confrontacion ni aún con Márcos, á quien concede Renan la primacía en el género histórico, si bien se puede parangonar con él en cuanto al fin demostrativo de ambas narraciones (Comp. Mar. III, 1-6, 22-30; ix, 13-18 con Juan ix, 13-34; xi, 45-52).

Bien léjos de que los discursos referidos por Mateo y los referidos por Juan sean incompatibles y mutuamente se excluyan, estamos convencidos de que aún quedaron muchos inéditos, como expresamente dice Juan, los cuales, por ser diversos de unos y otros, no por eso dejarían de ser genuinos; y tales reputamos los pronunciados por Jesús durante el largo y frecuente conversar con los Apóstoles despues de la resurreccion, por no hablar de los coloquios familiares con José y María, la cual, acostumbrada á atesorar y meditar en su razon toda palabra oída de Él ó que á Él se refería, estaba en disposicion de informar á Lucas, y más todavía á Juan. Y persuadidos como estamos de que ni aún con éstos quedara exhausta la *plenitud de gracia y verdad del Verbo encarnado*, no podemos ménos de convenir con Ritschl en que la exposicion de la predicacion de Cristo hecha por los sinópticos requiere para su complemento los discursos referidos por Juan. Y aún éstos en gran parte tienen el carácter de coloquios particulares, como los habidos con la Samaritana, con Nicodemo y con los discípulos en la última cena; y nadie deja de ver

cómo estos discursos, tauto por su especial particularidad como por su prolijidad relativa, común á otros parecidos, eran ménos á propósito para formar parte de aquella oral y primitiva exposición evangélica, sobre la que fué calcada la escrita en los sinópticos, que no son otra cosa que un compendio sucinto de la predicacion de los Apóstoles, los cuales, al anunciar la fe y formar las primeras sociedades cristianas, no podían entrar en largas lucubraciones doctrinales, ni éstas eran oportunas para los párvulos en la fe, incapaces aún de digerir alimentos más sólidos; miéntras que á lectores bastante adocotrados en la fe y por largo tiempo acostumbrados á ella, eran estos discursos tan convenientes como acomodados á la índole y objeto particular de Juan. Su aptitud y aspiracion á las cosas más grandes y sublimes, por las que fué acaso más amado de su Maestro que ninguno de los otros Apóstoles, el carácter meditativo que le era natural y se habia robustecido en su larga permanencia y conversacion con la Vírgen, la edad avanzada á que llegó, y en la cual escribió, prendas son y disposiciones predestinadas para que las más altas y místicas lecciones de Jesús, frecuentemente no entendidas por los otros discípulos y ménos por las turbas, resonasen, tiempo andando, en los labios y corriesen de la pluma del discípulo amado, para edificacion y encanto de los creyentes, necesitados y capaces ya de tan escogido y noble alimento, segun la palabra de Cristo, de que *otros recogerian la mies de la semilla por Él sembrada*. Síguese de aquí que la índole particular del cuarto Evangelio pide ser referida á la del escritor y á las especiales circunstancias de tiempo y lugar en que le escribió, como producto condicional de estos dos factores, que ambos conspiran al mismo fin. A la verdad, los autores de los sinópticos retrataron la vida y doctrina de Jesús bajo aquel punto de vista y con aquella fuerza de luz con que se les manifestó durante su tirocinio, y segun entónces le comprendieron; lo cual no sé si sería más conforme á su génio, pero sí que era muy acomodado para discípulos como los primeros oyentes ó lectores de la primitiva predicacion oral ó escrita, á los que era relativamente más proporcionada la parte histórica y didáctica; la una más comprensiva, variada y múltiple; la otra más par-

ticularizada, ménos teórica que práctica, declaradora de las obligaciones, reguladora de los actos en conformidad con las varias condiciones y exigencias de la vida. Mas Juan vuelve con el pensamiento hácia lo pasado para descubrir y revelar su progreso y desenvolvimiento; y no tan solícito de cada hecho particular como de su enlace mútuo, del nudo y de la catástrofe á que estaban preordenados, no hojca los anales de todos conocidos, de la *historia* evangélica, sino que diseña, por decirlo así, la *filosofía* de esta historia, al modo con que trazó en el *Apocalipsis* sus últimos resultados con profético colorido. Por eso se ve en Juan robusta y vigorosa la planta que poco á poco había ido creciendo durante el trienio de la predicacion de Jesús, y como quien habla ya á adultos en las cosas de la fe, compendia y concentra en la persona del Verbo todo el Cristianismo, basado en los dos fundamentos de la fe y la caridad; fe en el Verbo concreador, redentor, restaurador del universo, por cuya encarnacion se revelaron el Padre y el Espíritu Santo; Espíritu de caridad, que es toda la vida del cristiano, llamado al alto destino de vivir la vida misma de Cristo, y en comunión con Él llegar á ser uno con el Padre y el divino Amor. Esta es la fe y caridad cristiana, principio y suma del creer y del obrar, y este es el espíritu, fin y objeto del cuarto Evangelio. Confrontándole con los sinópticos, diríase que son éstos un soberbio y majestuoso edificio, sobre el que descuella aquél como sublime cúpula, lanzada á los aires por el que, más que mortal, debería llamarse Angel divino.

. Veamos si Juan es el inventor, y no el fiel intérprete de los diálogos ó coloquios referidos por él. No es esto ciertamente lo que manifiesta la incomparable viveza del diálogo y su naturalidad, y aquella inimitable espontaneidad con que se rompe y reanuda el hilo del discurso y se indican los más minuciosos incidentes y las pausas, como tambien las equivocaciones á que daba lugar la palabra de Cristo, no siempre entendida y á veces mal interpretada por los mismos discípulos; y por el contrario, el sentido ménos comun y á veces escondido que descubre el evangelista al referir algunos dichos ó hechos de Jesús, argumento indudable de su originalidad.

Como para convencerse de esta prueba interna de la genuinidad de estos diálogos no hay otro camino que su lectura meditada, y en ella sola se fundan nuestros adversarios, nos vemos en la necesidad de remitir al lector á la lectura del cuarto Evangelio, permitiéndonos algunas citas para auxiliarse. Para la viveza y naturalidad de las interrupciones, véanse capítulos I, 19, 27, 29-34, 36-51; II, 1-10, 16-20; III, 2-12; IV, 7-26; V, 1-14; VIII, 3-9, 40-42, 45-62; IX, XI, XIII, 6-10, 36-38; XVIII, 17-23, 29-40; XIX, 4-15; XX, 13-17, 25-29; XXI, 5-22, etc.; para los incidentes y pausas VI, 62, 65, 67, 69, 71, VII, 11-12, 15, 20, 25, 30-32, 40-44; VIII, 13, 20, 25, 30, 38; X, 6, 19-22, 23-24, 31, 33, 39, 41-42; XII, 29-34; XIV, 31; XVII, 1; XVIII, 1; para las equivocaciones y mala inteligencia, II, 20; III, 4, 9; IV, 11, 15, 33; VI, 28, 31, 34, 41-42, 53, 61; VII, 27-35; VIII, 19, 22, 33, 39, 41, 52-53, 57; XI, 12; XIII, 35; XIV, 5, 8, 22; XVI, 18, etc., etc.

Y esto se confirma todavía más comparando el tema de los discursos y la ocasion en que fueron pronunciados, como por ejemplo, entre el agua sacada del pozo de Jacob y de la fuente de Siloé y la doctrina de Jesús ó la efusion del Espíritu Santo (IV, 10 y sig. y VII, 37 comp. 2); entre el pan milagrosamente multiplicado y la palabra y cuerpo de Cristo; la analogía de las metáforas ó alegorías de la puerta del redil, del Buen Pastor y de la viña, con otras semejantes que se encuentran en los sinópticos. Y no sólo ocurren sentencias idénticas ó análogas á las que se hallan en los sinópticos, como cualquiera puede ver desde luégo en una ediciou que anote al márgen los lugares paralelos, lo que es una prueba de comun origen; sino que algunas de ellas, idénticas en el concepto y en la forma, tienen en el cuarto Evangelio la explicacion que manifiestamente exigian su sublimidad y significado *pregnante*, como dicen los expositores, y es altamente acomodado á aquellos á quienes se concediera entender *los misterios del reino de los cielos y las cosas ocultas á los sabios y prudentes*. (Mat. XIII, 11, etc.). Señaladamente en aquel coloquio supremo, despues de haberse dado poco ántes á sí mismo á sus fieles y amadísimos Apóstoles, estando á punto de ausentarse y despedirse de ellos para conquistarles y abrirles lugar en el nuevo reino, los

reveló tanto de aquellos arcanos, cuanto podían entonces comprender (véase xvi, 12). Coloquio tan patético y sublime, lleno de afecto tan tierno y tan suave tristeza, que apresuradamente parecía querer desahogarse; que el *discípulo amado*, cuya cabeza reposaba entre tanto sobre el pecho del Maestro, y oía las palpitaciones del encendido corazón de donde salía aquel raudal de alta doctrina y profundo amor, mejor que otro alguno pudo imprimirle en la mente y en el alma, pero inventarlo, jamás, á no ser el discípulo más grande que el Maestro. Y precisamente porque aquellas ardorosas palabras de despedida y de consuelo, tiernas y sublimes, quedaron tan profundamente esculpidas y selladas en el corazón del *discípulo amado*, por eso tocó á este evangelista repetirlas como eco que las refleja, dirigiéndolas hácia el fin de su vida á sus *carísimos hijos*, que, no por ser discípulos suyos, lo eran ménos del principal y comun Maestro, y terminar con ellas, como con Nuevo Testamento, su ministerio y su Evangelio, iniciado en el prólogo con el grito del águila y terminado con el canto del cisne.

Y si la autenticidad de este coloquio que tanto se asemeja en el concepto y en la forma á los precedentes, hasta el punto de que á todos y cada uno debe asignarse un mismo origen (y Renan reconoce por auténticos para su objeto el tenido con la Samaritana, iv, con las turbas, vi, y con Nicodemo, iii, aunque con algunas restricciones, pues su amor á las *nuancés* no le permite afirmar ni negar redondamente), y áun su conformidad con los sinópticos en lo sustancial de sus conceptos y enseñanza, demuestran que el haber sido omitidos ó escritos en éstos con menor desenvolvimiento y extension, no debe atribuirse á falta de conocimiento, sino de oportunidad: así como Juan omite del todo ó indica vaga y oscuramente lo que los otros expresaron clara y distintamente, de lo que pudiéramos presentar numerosos ejemplos, si no temiéramos hacer tantas citas; del mismo modo el diverso aspecto que presenta la persona de Jesús en el Evangelio de Juan, comparativamente al de Mateo, aunque éste abunda más en palabras de Cristo, no se deriva de diversidad de lineamientos, sino de la iluminacion y de la vária disposicion de las luces, como lo han

demostrado eminentes críticos: Borger, Möller, Reinecke, Rettberg, Paré, Schett, etc. Todavía, empero, resta ver si nada pone aquí el arte y todo es natural, esto es, si Juan presenta, por decirlo así, una fotografía ó una miniatura. Y el motivo que suele alegarse para dudarle es la prolijidad, lo descosido é inconexo de los discursos, la vaguedad de las indicaciones de circunstancias y personas á quienes fueron dirigidos, agrupando las que fueron diversas, aludiendo á veces á discursos á que no habia estado presente el auditorio actual; el carácter comprobante y demostrativo, oscuro, abstracto y metafísico; los conceptos y voces singulares é inusitadas, la uniformidad de estilo cualquiera que sea la variedad de los oyentes. Responderemos á todos estos reparos.

En cuanto á la prolijidad y falta de conexión, no hay más que comparar los discursos del Evangelio de Juan con los del de Mateo, declarados genuinos por Renan, para ver que no son éstos ménos difusos ni más conexos (Mateo v-vii; x; xiii-xxv); por lo cual creemos que, áun el discurso de la Cena, el más extenso y conexo, no es referido por Juan en toda su integridad, como no lo fueron los tenidos con Nicodemo y la Samaritana, y ménos aún las varias pláticas dirigidas á una confusa y mixta multitud, callando frecuentemente las circunstancias especiales, en vez de *buscar pretextos para colocar sus discursos*, ó, á lo más, valiéndose de una simple indicación cronológica ó local, intercalando á veces ó continuándolos con reflexiones propias; por manera que siempre es clara la continuidad de aquellos discursos, y evidente la conclusion y oportunidad de la alusion. Mas este mayor ó menor defecto de trabazon é igualdad, además de relativo á su naturaleza sentenciosa ó compendiosa exposicion, y el confundirse tal vez ó continuarse su tenor con el mismo del narrador, es la mejor prueba de que éste huye todo artificio y es todo naturalidad. Puesto que quien narró con tal evidencia de verdad y exactitud de pormenores algunos hechos históricos, como vimos hácia el principio, y singularmente la Pasion de Jesús, y expone aquí con bastante amplitud el diálogo con la Samaritana; bien hubiera sabido y podido dar mayor desarrollo al habido con Nicodemo, é indicar más minuciosamente las circunstancias

de los otros; y de no haberlo hecho así, no puede suponerse otro motivo sino el no haberlo creído conveniente, como de poca ó ninguna importancia, comparativamente á la de los discursos referidos. De los cuales, si cuanto más prolijos, tanto más evidente es su sinceridad, y, por otra parte, más clara é incontestablemente indicadas y determinadas aparecen la ocasion y circunstancias (v. g. vi, 27 y sig. xiii, xvii), sería absurdo sospechar arbitrariedad y ficcion donde menor estímulo é interés podia existir; áun cuando tan injusta sospecha no estuviera en contradiccion manifiesta con el expreso testimonio del evangelista, y con la índole misma de estos discursos, no ménos apropiados que los otros al carácter de Cristo y de los interlocutores y á las circunstancias externas indicadas. Antes bien, el ser esta propiedad á veces íntima y oculta, más que superficial y aparente, es nuevo é incontrovertible argumento de sinceridad. Así, aquellas sentencias que, puestas en boca del Bautista ó de Cristo parecerian intempestivas, consideradas, segun lo demuestra el contexto, como reflexiones que el narrador acostumbra á intercalar, añaden crédito á la exposicion en vez de quitárselo. Esto requiere algun desenvolvimiento.

La interposicion de reflexiones en medio de los discursos de Cristo y propias del narrador, ó tambien de Jesús, pero proferidas en otras ocasiones, es manifiesta en Juan, i, 16-18, donde el verso 19 se une claramente al 15. Así tambien del iii, 32-33, se infiere que el testimonio del Bautista termina con el v. 30, y los siguientes 31-36, que determinan su naturaleza é importancia, pertenecen al evangelista. De la confrontacion de 32-33 con 19-21, comp. i, 9, resulta no ménos claro que la plática de Cristo con Nicodemo concluye en iii, 15, y que el trozo siguiente 16-21 pertenece al narrador. Una cosa análoga creen algunos del fragmento xii, 44-50, en el cual, en vez de un extracto de discurso pronunciado en aquella ó distinta ocasion (el v. 36 hace más probable lo último), no ven sino un epilogo del evangelista, donde compendia varias palabras de Cristo, pronunciadas en distintas circunstancias, y las agrupa como propias para declarar y condenar la incredulidad farisáica, que no queria reconocer en Jesús al Hijo

enviado del Padre, hablando y obrando en su nombre y autoridad. Cuyas sentencias no son propias del evangelista, sino sólo su enlace, como lo es el modo más ó ménos sucinto con que están compendiados discursos parecidos de Cristo. De cuya concision, junta á frecuentes intercalaciones, nace á veces alguna oscuridad para definir los límites y tenor de cada discurso. Así, por ejemplo, en el cap. v, 16, ocurre una de estas acostumbradas anotaciones, en la que advierte el narrador que la circunstancia de curar Jesús en sábado era causa de la mala voluntad que la tenían los judíos (v. vii, 22-23); anotacion no restringida al solo caso ántes referido, sino extensiva á otros que refiere despues ó ya relatados por los sinópticos. De aquí es que el verso siguiente 17, no se junta cronológicamente con el anterior, sino lógicamente, y presupone que en una próxima ocasion, ya sea que los judíos le hubiesen movido querrela por curar en sábado al ciego, ó bien que Él mismo leyese, como solia, en sus corazones, se puso á decir (que esto significa la voz ἀπεκρίνατο *respondit*), que Él seguia el ejemplo de su Padre; y viendo que el motivo aducido para justificarse los exacerbaba más y más, prosiguió mostrándoles su verdad. Carecen, pues, de fundamento lá hipótesis y la consecuencia que saca Reuss, el cual, suponiendo falsamente que tales anotaciones no eran aplicables al caso particular, deduce de ellas la forma ficticia de los discursos (aunque reconociéndolos exactos en el fondo), y se da á probarlo por lo indefinido, ó más bien, por el cambio continuo del auditorio, y alega como ejemplo en el cap. viii los vs. 12, 13, 21, 22, 30, 31, 33. Mas con su permiso, el auditorio es permanente y determinado. A la verdad, interrumpido por el episodio de la adúltera el discurso matutino de Jesús en el templo (viii, 1-2, 3-11), es continuado en seguida apénas se van la acusada y sus desvergonzados acusadores. Por donde el *iterum ergo locutus est eis Jesus*, pide ser traducido, *Jesús, pues, les dijo de nuevo* (viii, 12 comp. 1), esto es, reanudó el interrumpido discurso en que decia ser la luz del mundo, y así el discurso es continuado, no iniciado. Interrumpen los fariseos, y les responde (13, 14-18), y así tambien á la pregunta de *algunos* otros (19), es roto de nuevo el hilo, no por los interlocutores,

sino por el expositor, que advierte la circunstancia del lugar y el respeto comprimido del auditorio (20); y reanudado con la fórmula de costumbre, dirigiendo Jesús indistintamente el discurso á todos los que estaban en el templo (21 comp. 12), y aludiendo á cuanto habia dicho poco ántes (14), responde (23-24, comp. 21), á la sospecha de *muchos* (22 comp. vii, 35), y así tambien á la interrogacion de *algunos* otros (25 comp. 19); sólo que su continua respuesta es interrumpida y vuelta á continuar con una nueva reflexion del narrador (27-28); y habiendo cautivado con su respuesta el ánimo de algunos (lo recuerda el evangelista, 30), vuelve directamente á éstos (31-32), resintiéndose los otros de sus expresiones (33), é insolentándose de varios modos (39, 41, 48, 52-53), á los que replica Jesús (34-38, 39-41, 42-47, 49-51, 54-56, 58). Y véase cómo á un exámen minucioso se revela la interna trabazon que se esca- pa á una lectura superficial.

Igualmente añaden mérito á la exposicion otras anotaciones que declaran los efectos de aquellos discursos en el ánimo diversamente dispuesto y acondicionado de los oyentes, no ménos que las frecuentes interrupciones á causa de sus instancias y de las respuestas, impresas todas con la marca de la espontaneidad y de una naturalidad jamás afectada; atendiendo además á que no son reproducidos los diálogos por entero, sino sucintamente y en compendio. Por eso sería posible que se oluda tal vez á cosas dichas y no referidas, que todavía no podian dejar de ser conocidas y manifiestas á los más asiduos de sus oyentes, cuales eran los insidiosos que trataban de cogerle en alguna palabra, por el interés de la *moralidad y seguridad pública*. Nuevo argumento de sinceridad hay en la circunstancia de haberse pronunciado por Jesús estos discursos hácia el fin de su vida y público ministerio, esto es, cuando la incredulidad judáica se habia hecho más pérfida con el tiempo, y más profunda la envidia farisáica, y era Jesús continuamente acechado, espiado y perseguido de muerte, de la que escapó alguna vez por milagro, ó para decirlo con Juan, *porque aún no habia llegado su hora*. De aquí aquellas frecuentes interrupciones; aquellas instancias dolorosas mezcladas con sarcasmos por parte de sus enemigos, y aquellas refutaciones de lo que

ellos decían, aquella manifestación de sus sofisterías, aquel desenvolver é inculcar sus doctrinas en los ánimos mejor dispuestos. De aquí aquel tono dialéctico y comprobante, acrecentado aún con las varias reflexiones históricas, exegéticas ó didácticas del evangelista. Mas basta una confrontación cuidadosa y concienzuda con los sinópticos para ver que, cual es la diversidad y analogía de los hechos en los cuatro Evangelios, tal es la de la doctrina; y si ésta es sustancialmente idéntica, no es diverso el modo de predicarla que Cristo observó en circunstancias análogas. Véanse por ejemplo, Mateo XII, 2-8; Márcos II, 24-28; Lúcas VI, 2-5; Mateo XV, 2-9; XIX, 3-12; XXII, 23-32, 34-40, 41-46; Lúcas X, 25-28; XX, 27-38, 40-44, comp. Juan, V, 39; VII, 19-23; VIII, 17; X, 34 y siguientes. Ni los coloquios de Cristo con los escribas y fariseos, referidos por Juan, y los recordados por los sinópticos se diferencian entre sí más que las parábolas v. g. del piadoso samaritano, del hijo pródigo, del mayordomo infiel, del rico Epulon, del fariseo y el publicano, referidas sólo por Lúcas, y las ménos dramáticas y más sucintas que éste recuerda con los otros dos evangelistas. De un modo semejante, en cuanto al predominio en el Evangelio de Juan confrontado con los sinópticos, de lo especulativo sobre lo práctico, no hay mayor diferencia ó desproporción que entre las cartas á los colosenses ó á los efesios, para quienes escribió Juan inmediatamente, y las dirigidas á los gálatas ó á los romanos; y la razón es la misma, esto es, la diversidad del auditorio y sus distintas necesidades. Si esta diversidad, como precisamente es el caso de Juan, corresponde á la especial aptitud é índole del expositor, no ménos que á las particulares exigencias que le indujeron á escribir, tendremos una doble y sufficientísima razón de la preferencia por él dada al elemento especulativo, poniéndole como principio de la práctica, la cual no anda separada de la teoría, sino que va en ella incluida como en su gérmen, y le está subordinada como á su norma.

No es, pues, de maravillar que estos discursos aparezcan á veces algun tanto oscuros. Antes es esto una contraprueba de su sinceridad; siendo semejante oscuridad inseparable, por una parte, de la sublimidad de la doctrina de Cristo, inherente, por otra, á la condición de sus oyentes. Y bajo este doble

aspecto, dice bien Ritschl, que los discursos de Cristo referidos por Juan son el complemento necesario de los mencionados por los sinópticos, puesto que aún en éstos, declarándose Cristo Hijo de Dios, predilecto é imágen del Padre, omniscio como Él y omnipotente, en el cual y por el cual únicamente es dado venir al conocimiento del Padre (Mat. xi, 27, etc.), y entrar en su reino (ib. xvi, 29), y su doctrina idéntica con la del Padre, tan sublime, por lo tanto, que debe necesariamente sobrepujar la facultad comprensiva de los más sabios, y todavía hacerla accesible por la revelacion del Hijo y acomodarla á la capacidad de los párvulos (Mat. xi, 25; Luc. x, 21); este claro-oscuro, este doble carácter de que se reviste el concepto y el hecho de la Encarnacion, en ningun Evangelio brilla y resplandece mejor que en el de Juan, donde la sentencia *El Verbo se hizo carne*, es como la virtud plasmante de todo el organismo, un tema músico desenvuelto con vária melodía en una armoniosa unidad, el prólogo, enredo y catástrofe del drama divino iniciado en las riberas del Jordán y terminado en el Gólgota, y declarado en el principio mismo del Evangelio con estas palabras: « La verdadera luz que brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la admitieron; aquel por quien fué hecho el mundo, el mundo no le conoció; vino á su propia casa, y los suyos no le recibieron; mas á cuantos le recibieron dió poder de hacerse hijos de Dios, á los que creen en su nombre, los cuales no por vía de sangre ni por voluntad de carne, sino de Dios son nacidos. » Ahora bien, esta lucha entre la luz y las tinieblas, entre la fe de pocos y la incredulidad de muchos; aquéllos reconociendo en la enseñanza y milagros de Cristo la prueba de su mision divina y viendo en Él por tanto al Mesías, y en éste al Hijo de Dios; éstos repudiando una doctrina contraria á sus perversas y carnales inclinaciones y á sus mundanas y ambiciosas esperanzas, persiguiendo, como sus mayores á los profetas, al Profeta, desconociendo al Mesías y considerándole blasfemo precisamente por decirse igual al Padre y hacerse Dios; estas contrarias profesiones de fe y de incredulidad no ménos explícitas en los sinópticos que en Juan, presuponen un proceso únicamente desenvuelto y aclarado en los discursos por éste referidos y en las reflexiones con que los acompaña. Y

comenzando por la génesis de una y otra, aquí se muestra desde el principio en qué condiciones y de qué causas son ambas engendradas. Puesto que del mismo modo que no germina la semilla que no cae en terreno dispuesto ni es fecundada por el benéfico influjo del sol, así no se adquiere la fe si no está el hombre limpio de dolo, deseoso de la verdad y de Dios, abierto á las divinas influencias y al aura fecundante del Espíritu Santo; no pudiendo Cristo albergarse por la fe en nuestros corazones, sino de un modo análogo al que tuvo la humanidad por Él tomada en María. Mas así como se desenvuelve el germen con el tiempo, y distinguiéndose entónces la buena de la mala semilla, es ésta arrancada y separada; así Cristo ha debido apropiarse su enseñanza á las varias y graduales disposiciones de sus oyentes. Por lo cual, autorizada su divina misión, mediante el testimonio del que era más que profeta, con los prodigios obrados y con predicar una doctrina que, conforme á la tradicional y profética, y á la misma autorizada por la Sinagoga, la llevaba á una perfección que no pudo alcanzar la Ley, y debía encontrar un lugar en todo corazón honesto y recto; propuso ya desde el principio aquellas sublimes verdades que habian de servir de indicación para una nueva vida espiritual, principio especulativo del creer, práctico del obrar, columna de fuego para los verdaderos hijos de Abraham, y nube caliginosa para los que habian salido de él, pero no habian heredado la *justicia de la fe*. Mas debiendo ser á la vez prueba y rudimento de la fe, tenian que proponerse de modo que, aceptables para todos, dejaran en los amantes de la verdad el deseo de mayor instrucción, que á los malos y carnales, que tergiversaban á sabiendas las palabras más sencillas, no podía ser agradable ni provechosa. Pues este crecimiento del odio é incredulidad en unos, y del amor y fe en otros, y los adelantos de los Apóstoles bajo el magisterio privado de Cristo en los secretos de las costas celestes, están paladinamente indicados en el Evangelio de Juan. Y no se forma jamás concepto adecuado, no teniendo presente en el alma el desenvolvimiento entero de las cosas, ni de la profecía ántes de su cumplimiento; por donde la enseñanza de Cristo hay que considerarla en relación con las disposiciones de los oyentes y con la misión.

recibida del Padre; y así, aún próximo á la muerte, no les enseñó lo que aún no podían comprender hasta que bajara sobre ellos el Espíritu Santo. Vino, y quedó completa la revelación dogmática y profética en cuanto al destino del reino de Dios, que es la Iglesia que milita para triunfar; mas no quedó aún aclarada toda oscuridad que nace de la razón íntima del misterio y profecía, ó por mejor decir, de su relación con las condiciones de la humanidad, que, como todo lo creado, no *es* propiamente, sino que *se hace* continuamente, desenvolviéndose siempre en la universal transformación (Romanos VIII, 22), y necesita que se le pinte el porvenir con los colores del presente, y mucho ménos llega á comprender lo que tiene su raíz y complementó en la eternidad.

Léjos, por tanto, de que la oscuridad de algunos discursos referidos por Juan desdiga del carácter de la predicación de Jesús, y se deban relegar con el prólogo á la categoría de abstracciones y sofisterías escolásticas, nosotros hallamos en los primeros el sello de su verdadero origen, y no sabemos admirar bastante en el segundo el ingenio sobrehumano de Juan, que vió perfectamente que no puede tenerse un concepto adecuado en lo posible de la Encarnación del Verbo, del que es el alfa y omega, principio y fin, sino por quien abarque de una sola mirada toda la epopeya de la creación, redención y restauración del universo, y una con el pensamiento la eterna generación del Verbo en el seno del Padre, con las nupcias eternas del místico Cordero. Y crece más la maravilla al ver cómo un ingenio levantado á tal altura y acostumbrado á tan sublimes contemplaciones, proponiéndose repetir discursos oídos cuando era otro hombre distinto, no altera su primitivo tenor; por donde le es preciso tal vez aclararlos con alguna adición ó anotación; que con su contraste hace más vivo y caracterizado el color original, ni ocurre jamás que un concepto suyo sea puesto en otra boca. ¿Y qué dice su concepto? Ni en el prólogo mismo, que es toda obra suya, hay uno solo que se le pueda apropiarse enteramente, no siendo más que la síntesis, por decirlo así, de los principios desenvueltos más frecuente y difusamente en los discursos siguientes de Cristo, pero que no fueron ménos indicados por los sinópticos y por

otros escritores bíblicos contemporáneos. Y ciertamente, la eternidad del Verbo y su identidad sustancial con el Padre, corresponde á la preexistencia de Cristo y á su extemporaneidad (comp. Juan I, 1-2; VI, 63; VIII, 58; XVII, 5, 24, con Mateo XXII, 42-45; Márcos XII, 35-37; Lúcas XX, 40-44; Hebreos I, 2, 5, 10-12; Efesios I, 4; 1.ª de Pedro I, 20; Salmo LXXXIX, 2, *antes que los montes... tú ERES Dios*; Jeremías I, 5, *antes de formarte... te conozco* (en vez de *fuiste, te conocí*), con lo que se indica la eternidad de Dios, que no reconoce tiempo). Igualmente corresponde al ser Él la imágen adecuada, y por tanto única del Padre, lo cual implica distincion de personas é identidad de sustancia y atributos, por ser una y otros infinitos; cuya doctrina expresan equivalentemente Mateo XI, 25-27; XXVIII, 18-19, y lugares paralelos de los sinópticos, y de un modo análogo Pedro 2.ª I, 4, y Pablo, 1.ª Cor. I, 24; 2.ª Cor. IV, 4; Filipenses II, 6; Colosenses I, 15-17, II, 9; Hebreos I, 2-6, coincidencia que revela idéntico origen, esto es, la enseñanza de Cristo, ya que Pablo protesta no haber tenido otro maestro. Ahora bien; de esta eterna y perenne comunicacion de sustancia y vida del Padre con el Hijo, dedúcese que éste es tambien fuente de luz y de vida para toda criatura, que por Él fué hecha y por Él permanece; luz que resplandece por todo el mundo al cual vino, vida comunicable á todos; pero luz que ciega á los que la odian, vida que no se aprende sino por los que aman á Dios, y renaciendo del Espíritu Santo, se identifican con el Hijo para participar de su vida y gloriosa comunicacion con el Padre, el cual, así como lo crió todo por su Hijo amadísimo, así por amor al mundo por Él criado, entregó al mismo Hijo, para que éste salvase al mundo, y de este modo se manifestase el amor del Padre, y en la vida y gloria del Unigénito y Primogénito, comunicada á sus hermanos por Él redimidos, quedara el Padre de todos glorificado.

Es, pues, claro, que se corresponden el prólogo y el epílogo, y el hallarse los mismos conceptos, si no tan explicados y desenvueltos, bastante indicados en los otros Evangelios y escritos del Nuevo Testamento, no puede ménos de atribuirse á que todos han bebido en la misma fuente, y todos exponen

con mayor ó menor amplitud, pero con igual sinceridad, la doctrina del Maestro. ¿Qué más? No hay palabra puesta en boca de un interlocutor que no haya podido ser proferida por él; y las mismas que alega Renan como desconocidas de los sinópticos, y que suelen atribuirse á la influencia de la gnosis por las escuelas racionalistas, como *mundo*, *verdad*, *vida*, *luz*, *tinieblas*, son usadas por los sinópticos en igual ó análogo sentido. Así el uso de estas voces es idéntico en el dicho de Cristo (Juan VIII, 12); *Yo soy la luz del mundo*, y en el dirigido á los Apóstoles (Mateo V, 14) *Vosotros sois la luz del mundo*; Lucas XII, 30, porque todas estas cosas las buscan las gentes *del mundo*; véase también Romanos II, 19; 1.^a Corintios II, 12 y III, 19; Santiago I, 27, etc., Juan I, 5, «y la luz brilla en las *tinieblas*;» comp. Mateo: «el pueblo que yacía en las *tinieblas* vió una gran *luz*,» y otros muchos lugares. Para las palabras *verdad* y *vida*, véanse en igual sentido Mateo XXII, 6; Marcos XII, 14; Lucas XX, 21; Efesios I, 13; 2.^a Timoteo II, 15; y Santiago llama al Evangelio *palabra de verdad*, I, 18, y Pablo dice que *la verdad habita en Jesús* como en su casa. En cuanto á la palabra *vida*, nada más frecuente en los sinópticos que llamar así, no la vida presente y temporal, sino la eterna (Mateo XIX, 16, 29; XXV, 46 y lugares paralelos); *camino que conduce á la vida*, á la observancia de los mandamientos, ya llamados por David *senderos de la vida* (Salmo XVI, 11, segun los Setenta). En los *Hechos apostólicos* II, 28, encarga el Ángel á Pedro y Juan que prediquen el Evangelio, al que llama *las palabras de esta vida*; Pedro llamó á Cristo *autor de la vida* (ib. III, 15), pues *en su vida hemos de ser salvos* (Romanos V, 10, y *El es nuestra vida* (Colosenses III, 4). Véase, pues, cómo estas voces fueron usadas por Cristo y sus discípulos en el mismo sentido que las toma Juan, y nada tienen que ver con el que les daban los gnósticos; siendo igualmente imposible derivarlas originariamente de ellos, ó de un rudo pescador del lago de Galilea.

Después de este detenido estudio del cuarto Evangelio, ya parecerá á los lectores serios que los ataques y fraseología de Renan carecen de toda fuerza, y sólo conservan alguna para los que se detienen en la superficie. El carácter del cuarto

Evangelio queda bien explicado con el plan y objeto del autor y las circunstancias que le movieron á escribir, eligiendo los pasajes y doctrinas de Jesús que le hacian al caso; la conformidad doctrinal con los sinópticos es completa, y lo hubiéramos demostrado más si no temiéramos molestar con tantas citas; la forma de la exposicion cual convenia, dados el objeto, plan y circunstancias; la fidelidad en reproducir, aunque compendiosamente, los discursos de Jesús, patente, y sin una prueba séria en contrario. ¿Nos ocuparemos ya de la tan manoseada derivacion del *Logos* de Juan del de Filon, de la diferencia entre las doctrinas mesiánicas de Juan, que hace al Verbo preexistente, y las de los sinópticos que suponen á Jesús engendrado del Espíritu Santo, como si estas cosas fueran incompatibles? Todas estas objeciones prueban sólo superficialidad en el estudio de los Libros Santos por parte de Nicolás y Reville, que, con otros, insisten en ellas; prueban sus preocupaciones protestantes racionalistas; pero no prueban lo más mínimo si se las profundiza un poco y los razonamientos en que pretenden apoyarlas.

Hemos comenzado este escrito haciendo abstraccion del milagro y de su posibilidad; y no tomando en cuenta este problema, hemos demostrado, nos parece, la autenticidad del libro en cuestion como obra del apóstol Juan. *La critica histórica científica é independiente de toda extraña prevencion* nos ha dado este resultado. De aquí tenemos derecho á deducir, supuesto que Juan no ha podido mentir á sabiendas, ni engañarse hasta el punto de referir los milagros que refiere, si éstos no acontecieron como los cuenta, porque en este caso hubiera sido el más mentecato de los hombres; tenemos, digo, derecho á deducir que el milagro es posible, puesto que nos refiere varios un libro auténtico, de autor veraz y perfectamente informado. Tenemos derecho á deducir que los Evangelios sinópticos son igualmente auténticos, puesto que no sufren tantas dificultades como el cuarto, y todos convienen en que ya estaban escritos cuando aquél lo fué, como tambien las cartas de Pablo, Pedro, Santiago y Judas. Tenemos derecho á deducir que los hechos referidos por tantos historiadores contemporáneos, ó al ménos supuestos y aludidos, no se pueden

poner en duda miéntras no se demuestren imposibles. Tenemos derecho á deducir que los racionalistas no se pueden parapetar trás la idea de Renan de que el milagro, no sabe si es posible, pero sí que no ocurre nunca; sino que forzosamente tienen que *negar su posibilidad, ó admitir la autoridad de los Evangelios y la divinidad de Jesucristo y mision de su Iglesia*, pues, de no negar la posibilidad de los milagros, nada razonable puede oponerse á la autenticidad y veracidad de los Evangelios todos, y del cuarto en particular. Tenemos derecho á deducir que, siendo de sentido comun que la existencia de un Dios vivo y real, implica su libertad de accion sobre el mundo, suyo como es, no se puede negar la posibilidad del milagro sin negar la existencia de un Dios verdadero. Deducimos, en suma, que no queda medio lógicamente posible entre creer en el cristianismo como Jesús le fundó, ó no creer en Dios y ser ateo.

Todas estas conclusiones se desprenden natural y lógicamente de la autenticidad del cuarto Evangelio: en realidad en ella va envuelta la cuestion del cristianismo, y del cristianismo católico, pues en este Evangelio consta la autoridad conferida por Cristo á Pedro, como vicario suyo encargado de apacentar todo el redil, que es la Iglesia. Ó la ciencia critica no tiene valor, ó la autenticidad del cuarto Evangelio, con las consecuencias que implica, es incontestable. Véase por qué no es extraño que las escuelas racionales la ataquen con tanto ahinco, franca ó embozadamente, pero en todo caso colocándose fuera de la ciencia y á veces del sentido comun, ó al ménos en una posicion altamente falsa y embarazosa para sus sistemas. Los ateos y materialistas, si quieren conservar el nombre y fama de racionales y más ó ménos entendidos, no pueden acudir al recurso pobre y brutal de sus predecesores del siglo XVIII, de tratar de falsos los hechos que se refieren en los Evangelios, y de impostores á los Apóstoles y evangelistas, lo cual hace ya tiempo que, dicho sea en elogio del buen sentido y de la humana razon, ningun racionalista de camisa limpia, ningun sabio ó literato encopetado se atreve á repetir. Necesitan, pues, comenzar todos por la negacion de la posibilidad del orden sobrenatural, del milagro, del Dios personal y verdadero, encerrándose en las vagas y nebulosas fórmulas del panteísmo ó

del deísmo, que no se diferencian del ateísmo en la realidad, en lo que tiene de fecunda y práctica la idea de Dios, ni tampoco gran cosa en los absurdos teóricos que envuelven. Sólo que el materialismo y el ateísmo son más repugnantes y brutales, si bien más asequibles á la inteligencia popular, y por aquí de más prácticas consecuencias sociales; pero, al fin, tan contrarios á la razon y al buen sentido, tan terribles en su influjo social, que sólo pueden seducir á los pueblos en época de vértigo, mas no durar mucho tiempo; son como las enfermedades agudas, que luégo matan ó abandonan al enfermo. Tenemos, pues, y las más altas y necesarias instituciones tienen grandísimo interés en probar contra panteístas y deístas la autenticidad del cuarto Evangelio, y, mediante ella, la de los otros tres, y la divinidad del cristianismo y de la Iglesia católica, único puerto de salvacion en la deshecha borrasca que está sufriendo el mundo civilizado; tenemos grandísimo interés en dejar claro como la luz, que, ó nada hay cierto en historia, ó lo es la autenticidad del cuarto Evangelio y el origen sobrenatural de la religion católica, y creemos haberlo probado de manera, que esperamos confiados las objeciones que en España nos puedan hacer los que tanto blasonan de haber llegado al fondo de las cuestiones religiosas, los que, habiendo leído á Renan, Strauss, Littré, P. Larroque y tal cual libro aleman, se crean inaccesibles á los golpes de la vieja teología, y á los impotentes esfuerzos de curas educados á la antigua y que no conocen la novísima filosofía.

FRANCISCO CAMINERO.

PUBLICACION DE LIBROS IMPORTANTES HECHA POR EL MINISTERIO DE FOMENTO.

Hemos examinado, congratulándonos de corazon, las obras que lleva publicadas el señor conde de Toreno en el tiempo que desempeña el Ministerio de Fomento; y en verdad que sirven de encomio á su inteligente iniciativa y patriótico zelo las

ediciones dadas á luz. Son éstas: la *Compilación legislativa de Instrucción pública*, cuyo primero y segundo tomo abrazan las disposiciones generales de administracion y gobierno y las relativas á la primera enseñanza; la *Relacion del viaje hecho por Felipe II en 1585 á Zaragoza, Barcelona y Valencia*, escrita por Enrique Cock; la *Historia de Felipe II, rey de España*, por Luis Cabrera de Córdoba; y las *Cartas de Indias*, hasta ahora inéditas.

Todas las susodichas obras encierran grande y verdadero interés, la primera para un importantísimo ramo de la pública administracion y gobierno; y las otras para el lustre y proteccion de las letras españolas y del arte tipográfico, y como justo, fecundo y oportuniísimo tributo de honor á las grandes figuras de nuestra gloriosa historia. Los dichos libros hállanse estampados con perfeccion, digna del objeto, en las acreditadas prensas de Rivadeneyra, Fortanet y Hernandez; y en especial los cuatro grandes tomos en folio, de la *Historia de Felipe II*, y el colosal volúmen de las *Cartas de Indias*, son ciertamente obras monumentales, en que la vista reposa con placer, no acostumbrada á ver en los modernos productos de la imprenta, aquellos ejemplares que en otros tiempos la acreditaron y ennoblecieron, hasta el punto de haberse dicho, no sin razon, que el arte de Guttemberg nació perfecto, y en los tiempos sucesivos sufrió notoria decadencia. Las obras objeto de nuestro encomio, que ha dado á luz el señor conde de Toreno, dignas son de ponerse al lado de las más distinguidas de los mejores tiempos.

Tocante al objeto intrínseco de tan oportunas ediciones, bástenos recordar que la relacion del viaje de Felipe II era tan sólo conocida por los índices de manuscritos de las bibliotecas de París y Madrid, copiados aquí y allí por algunos eruditos; siendo de notar que la obra coetánea y auténtica del archero holandés Enrique Cock, si bien no dotada de un gran espíritu crítico, tan ajeno de su tiempo como en el nuestro abundante en demasía, hállase adornada de grandes condiciones de interés y autenticidad, debidas al espíritu de observacion del autor, como advierten los Sres. Morel-Fatio y Rodríguez Villa, á quienes se encomendó el cuidado de la edicion. Por lo concer-

niente á la obra de Luis Cabrera, era su segunda parte hasta muy poco há desconocida; siendo tanto más deplorable esta falta, cuanto que lo inédito abarcaba casi la mitad del ilustre reinado de D. Felipe, y por lo conocido en la primera era su concienzudo y perspicuo autor la autoridad más buscada y reconocida por los doctos. Se ha completado, pues, con edicion tan bella una de las fuentes más puras y acreditadas de nuestra historia nacional, y valga recordar que el historiador Cabrera fué encomiado grandemente por Cervantes y otros contemporáneos. Si es fácil el comprender, porqué no se publicó la segunda parte, que contenia palpitanes relatos de los todavia recientes disturbios de Aragon (no gratos á los maguates de aquella tierra), no lo era en verdad el justificar la demora sufrida hasta nuestros dias, en los cuales el jóven ministro actual, noble protector de las letras y las artes, ha resuelto llenar el vacío, acudiendo á los manuscritos del famoso monasterio de Poblet, hoy depositados en los estantes de la real Academia de la Historia. Y en cuanto á las *Cartas de Indias*, que por primera vez publica el señor conde de Toreno, no es menester, para pregonar su importancia, sino advertir que son las auténticas (y autógrafas muchas) de Cristóbal Colon, Amerigo Vespuccio, Fray Bartolomé de las Casas, Bernal Díaz del Castillo, Cristóbal Vaca de Castro, Pedro de la Gasca, Domingo Martinez de Irala, el Obispo Fray Domingo Salazar, con otras varias (todas ellas interesantes), de prelados, vireyes, gobernadores, religiosos, clérigos, caciques, justicias y particulares. A todo lo cual van añadidas las notas y datos biográficos oportunos, con un glosario y vocabulario geográfico y los facsímiles autógrafos de cartas y firmas interesantes, láminas con la estampacion fotografica de los sellos, y exacta reproduccion de los mapas de aquellas tierras del Nuevo mundo, que sirvieron de guía en su exploracion y que han sido hallados en union de memorias ó escritos de aquella generacion de españoles valerosos.

Nosotros, en suma, nos alegramos de poder enterar á nuestros lectores de la inteligente y perseverante iniciativa del señor conde de Toreno en una parte tan principal y honrosa del importante cargo que desempeña; cumpliendo al par muy

de grado el deber de enviarle nuestros plácemes y parabienes. Nunca estará demás el recordar con las palabras y el ejemplo que el modo mejor de evitar que un pueblo decaiga y muera, ó de entonarle cuando desfallecido, es hacerle recordar en medio de sus desgracias presentes las virtudes y glorias pasadas, para que sean estímulo á sus esfuerzos, y aliento de su esperanza en un nuevo porvenir.

CÁRLOS MARÍA PERIER.

SECCION HISTÓRICA.

CORONACION DE LEON XIII

Y PRIMERAS ALOCUCIONES DE SU PONTIFICADO.

La ceremonia ha sido tan imponente, que no admite descripción. Han asistido á ella 55 Cardenales y 36 Obispos.

Empezó por la obediencia de todos los Cardenales y Obispos, mientras se cantaba la hora tercia en la capilla Ducal.

Después el Papa sentado en la *Silla*, fué conducido procesionalmente á la capilla Paulina para la adoracion del Santísimo Sacramento, y en seguida llevado á la capilla Sixtina donde se celebró la Misa papal. Los prelados La Boullerie y Lequette, hicieron de Obispos asistentes.

Toda la nobleza romana, el cuerpo diplomático y un numeroso concurso presenciaba la ceremonia.

Después de la Misa, tuvo lugar la coronacion del nuevo Papa, y el homenaje de los Cardenales y Obispos presentes. En seguida levantóse el nuevo Papa y dió su bendicion solemne en la capilla Sixtina.

Volvióse á formar la procesion, como al principio, para conducir al Papa á la sala de los Paramentos donde el Cardenal Di Pietro

le dirigió las felicitaciones del Sacro Colegio. Su Santidad respondió con la siguiente alocucion, corta, pero elocuente:

« Las nobles y afectuosas palabras que vos, Sr. Cardenal, nos habeis dirigido en nombre del Sacro Colegio, han enternecido vivamente nuestro corazon, ya conmovido profundamente por el honor innmerecido de nuestra inesperada exaltacion á la Sede Pontificia.

El peso de las santas llaves, ya por sí mismo formidable, se nos impone en momentos extremadamente difíciles, y abruma nuestra pequeñez.

El mismo sagrado rito que acaba de verificarse, al presentar ante nuestros ojos la grandeza de la Sede Apostólica, ha aumentado nuestra turbacion, porque podemos repetir las palabras que los libros Santos ponen en los labios del Santo Rey, á quien acabais de aludir: *¿ Quis ego sum Domine Deus, et quæ domus mea, quia adduxisti me hunc usque?*

Sin embargo, en medio de tan justos motivos de temor, nuestra alma se siente fortalecida y consolada al ver que desde los primeros dias de nuestro Pontificado el mundo católico entero, con filial ternura, se agrupa en torno nuestro y nos da público testimonio de obediencia y de adhesion.

Nos sentimos fortalecidos y consolados por el afecto que nos demuestran los miembros todos, para mí tan queridos, del Sagrado Colegio, y por la seguridad de su constante é ilustrada cooperacion.

Aliéntanos y nos consuela, en fin, la seguridad de la asistencia de Dios misericordiosísimo, que por vías inescrutables ha querido llamarnos á ocupar su lugar en la tierra.

Esta asistencia nunca dejaríamos de implorarla, y deseamos que todos la imploren por medio de fervorosas y constantes oraciones.

Sí; Dios sostendrá nuestra débil y humilde persona, y hará resplandecer en Nos su poderío. Animado con estos sentimientos, terminamos este discurso, y á la vez que damos gracias al Sacro Colegio por las felicitaciones que nos ha presentado, imploramos de todo corazon sobre todos sus miembros, y principalmente sobre aquellos aquí presentes la apostólica bendicion. — *Benedictio Dei*, etc.»

Por la noche muchas casas aparecieron iluminadas en señal de regocijo y de simpatía al nuevo Papa.

Una demostracion hostil hubo sin embargo en el Corso: se rompieron algunos cristales, especialmente en el palacio Theodoli, mas la tropa y la policia dispersaron á los perturbadores.

A *La Defense* de Paris le dijeron de Roma sobre este asunto:

« Como os telegrafiaba anteayer, la bendicion pontificia fué dada en el interior de la capilla Sixtina. La asistencia á la ceremonia de la coronacion era brillante: los Cardenales y los Prelados, todo el cuerpo diplo-

mático, la nobleza romana y los extranjeros de distincion llenaban la capilla.

A las once, los Cardenales han sido admitidos á besar las manos al Padre Santo, y los Obispos los piés. El Papa cantó la Misa solemne con su hermosa voz tan fuerte y tan vibrante.

Aunque la ceremonia haya sido completamente interior, una gran multitud se agolpaba en la plaza, asociándose de corazon á las ceremonias del Vaticano, y lamentando que el actual estado de cosas haga imposibles los antiguos usos.

Despues de la coronacion, el Papa dirigió á los Cardenales un discurso muy bueno, dando gracias al Sacro Colegio y á los católicos del mundo entero. No tocó ninguna cuestion política.

El gobierno se decidió á última hora á enviar tropas para mantener el orden en San Pedro é impedir las manifestaciones hostiles anunciadas. Era demasiado tarde. Ya habia decidido el Papa no mostrarse públicamente.

Por la noche las casas particulares estaban brillantemente iluminadas. En el Corso hubo una demostracion contra el palacio Theodoli, muy bien iluminado. Se profirieron gritos y fué roto algun vidrio. Intervinieron las tropas, y despues de las tres intimaciones de costumbre se dispersaron los revoltosos.

Esta mañana todo está tranquilo.»

Hé aqui ahora las interesantes alocuciones del Padre Santo al comenzar su pontificado:

DISCURSO DE SU SANTIDAD LEON XIII

Á LOS PÁRROCOS DE ROMA Y Á LOS PREDICADORES DE LA CUARESMA.

« Es cosa para Nos muy agradable, Sres. Cardenales, el ver hoy en nuestra presencia al Cabildo parroquial de Roma, y juntamente con éste á todos los predicadores de la próxima Cuaresma.

Abrumado especialmente en estos primeros días de nuestro pontificado por continuos cuidados y pensamientos, nos ha faltado tiempo para concentrar nuestro espíritu, para dirigiros, como deseábamos, palabras meditadas, á vosotros, egregios párrocos, llamados á compartir los pastorales tareas del Obispo de Roma, y á vosotros predicadores.

No hemos querido, sin embargo, dejar de aprovechar la presente oportunidad para comunicaros alguno de nuestros pensamientos.

En primer lugar, os diremos que si todos los fieles del mundo son objeto de nuestros cuidados paternales, lo es de un modo especial esta amada grey de Roma, en medio de la cual vivimos, y que por tantos títulos nos es querida.

Entre los votos más fervientes y los deseos más vivos de nuestro corazon, figura el de que se conserve pura y entera la antigua fe en el

pueblo de Roma; el de que florezcan las buenas costumbres y aumente la adhesión á esta Sede Apostólica y la dócil obediencia á las leyes y enseñanzas de la misma.

Demasiado sabemos que en todo el mundo los enemigos de la Iglesia emplean toda clase de medios para arrancar de la inteligencia y del corazón de los fieles estos inestimables tesoros; y también sabemos que es blanco de sus tiros esta santa Ciudad, centro del Catolicismo, y que se apela á toda especie de recursos para conducirla á la incredulidad y á la corrupción de costumbres.

Por esto es necesario que todos vosotros, amados párrocos, estéis bien penetrados de las condiciones excepcionales de los tiempos en que vivimos, y de los gravísimos peligros á que de un modo especial se halla expuesta la fe y la sana moral del pueblo romano; fuerza es que, así como los peligros crecen y los esfuerzos de los enemigos se redoblan, crezca y se redoble el celo de todos vosotros. Si el ministerio parroquial ha sido siempre y en todas partes trabajoso y difícil, ciertamente que en los tiempos que corren y dentro de estos muros, necesitáis emplear de un modo especial toda vuestra enérgica laboriosidad, para no faltar al altísimo objeto de vuestra misión; necesitáis como condición indispensable un espíritu de pleno y entero sacrificio, que á toda idea de comodidad é interés anteponga la gloria de Dios y el bien de las almas.

Estad seguros de que si este espíritu os anima á vosotros, operarios de esta mística viña, vuestras fatigas apostólicas se verán coronadas de frutos preciosos y abundantes.

El clero de Roma ha dado siempre magníficos ejemplos de abnegación y zelo, que le han hecho modelo y admiración de los demás: empero también de vuestros trabajos nos prometemos los más felices resultados, persuadidos de que serán tanto mayores cuanto más asiduo sea vuestro cuidado, más generoso y entero el sacrificio, más ilustrado vuestro zelo, más irreprochable vuestra conducta.

Y ahora nos es grato volvernos á vosotros, sembradores evangélicos, que mañana debéis empezar á esparcir entre los fieles la buena semilla de la divina palabra. Acordáos de que esta palabra, anunciada ya por los Apóstoles, según el espíritu del Señor, de que estaban llenos, fué poderosa á desarraigar del mundo las malas yerbas de las falsas doctrinas, á ilustrar las inteligencias y á encender de nuevo en los corazones el verdadero amor de lo bueno y de lo bello: bastó para convertir el mundo y conquistarle todo para Jesucristo.

Ahora también esta palabra puede librar al mundo del abismo á que corre, limpiarlo de sus inmundicias, y someterlo de nuevo á Jesucristo.

Es indispensable, sin embargo, que los oradores sagrados, siguiendo las huellas del Apóstol, apoyándose en el divino auxilio más que en las propias fuerzas y en los atractivos de la elocuencia, prediquen á los fieles de Jesucristo los misterios de su vida y su muerte, su doctrina,

su celestial enseñanza; de la Iglesia, de sus excelsas prerogativas, de la divina autoridad de su Cabeza visible, de su grandeza y de su benéfica influencia sobre la verdadera felicidad de los pueblos; que combatan con fáciles y sólidas razones los errores más perniciosos y más difundidos en nuestros días, tratando de penetrar en los corazones para hacerles amar la verdad y la virtud.

Para que todo esto suceda según nuestros deseos, invocamos sobre los pastores de las almas y los sembradores del Evangelio la abundancia de las luces celestes y el eficazísimo auxilio de la divina gracia.

Augurio y prenda de cuyos favores, y muestra de nuestra paternal solicitud, queremos que sea la apostólica bendición que de lo íntimo del corazón concedemos á todos los pastores de almas con sus rebaños, á todos los predicadores de la Cuaresma, y á sus apostólicas tareas.»

DISCURSO DEL PADRE SANTO

Á LOS REPRESENTANTES DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE FRANCIA.

«Me siento profundamente conmovido por los sentimientos que en vuestro nombre expresa el excelente Prelado cuyo mérito y virtud conozco há mucho tiempo.

Las universidades católicas á las que representais, son para la Iglesia un consuelo y una esperanza. ¿Cómo no se ha de admirar la generosidad de los católicos franceses, que han podido en tan corto tiempo fundar obras tan maravillosas?

La Universidad de Lila se distingue entre todas, por la rapidez con que se recogió la urgente suma necesaria para la organización de las cinco facultades; y la de Angers, la de París, la de Lyon, la de Tolosa, marchan por el mismo camino y prometen los mismos felices resultados.

Y de tal modo Francia, á pesar de sus desgracias, aparece digna de sí misma, y muestra que no ha faltado á su vocación, y ninguno mejor que el Vicario de Jesucristo tiene motivos para comprender los dolores de Francia, porque en ella la Santa Sede encontró siempre uno de sus valederos más firmes.

Hoy ha perdido parte de su poder, y debilitada por las excisiones de los partidos, se ve en la imposibilidad de entregarse libremente á sus nobles instintos. Y sin embargo, ¿qué no ha hecho por la Santa Sede, aún en medio de sus desastres!

Le habia ya dado los vástagos de sus más ilustres familias, como que el pequeño ejército del Papa estaba formado por franceses; y desde el momento en que ya no pudo servirla con la espada, le ha dado otros mil testimonios de su afecto, pues que los donativos de Francia siguen formando una parte considerable del *Dinero de San Pedro*.

¡Tanta generosidad no puede quedar sin recompensa. Dios bendecirá á

una nacion capaz de tan nobles sacrificios, y la historia escribirá toda-
vía hermosas páginas en honor al *Gesta Dei per francos*.

Nos encontramos una prenda de ese feliz porvenir en las universida-
des que representais en estos momentos aquí. A ellas debemos que la
sana doctrina, elemento primero de la prosperidad social, se difunda
en las inteligencias.

Los profesores elegidos por el Episcopado, que unen la firmeza de la
fe á la profundidad de la ciencia, formarán generaciones de cristianos
capaces de defender y de honrar sus creencias. Las familias no tardarán
mucho en reconocer la superioridad de esta enseñanza, y las univer-
sidades católicas, aunque dependientes de la caridad de los fieles, sos-
tendrán con ventaja la competencia con otros establecimientos provistos
de grandes recursos materiales y sostenidos por el gobierno. Y esto es
lo que yo he visto en Bélgica, cuando representaba allí la Santa Sede en
calidad de Nuncio.

Sólo en la Universidad católica de Lovaina habia más alumnos que
en todas las demás universidades juntas.

El mismo éxito está reservado á las universidades católicas de Fran-
cia. Yo lo aseguro aquí, y para mejor asegurarlo, invoco con toda la
plenitud de mi fuerza, de Dios Omnipotente, las más expresas bendicio-
nes para la misma obra. — *Benedictio Dei.*»

ALOCUCION DE SU SANTIDAD LEON XIII

PRONUNCIADA EN EL SOLEMNE CONSISTORIO DE 28 DE MARZO DE 1878.

«Venerables hermanos: Cuando el mes pasado nos vimos llamados por
vuestros votos á regir el timon de la Iglesia universal y á ocupar en la
tierra el lugar del Príncipe de todos los pastores, que es Jesucristo,
sentimos repentinamente oprimírsenos el corazon con pena y angustia
grandísima. Miétras por una parte nos infundian pavor indecible el
profundo conocimiento de nuestra indignidad, la debilidad de nuestras
fuerzas, completamente insuficientes para soportar tan grave carga,
aquella debilidad nos parecia ser tanto mayor, cuanto más hermoso y
más espléndido resonaba por todo el mundo el nombre de nuestro in-
mortal antecesor Pío IX.

Él, en efecto, Pastor de la grey católica, combatiendo siempre he-
róicamente por la verdad y la justicia, y sosteniendo maravillosamente
fuertes trabajos en el gobierno de la cristiandad, no solamente habia
iluminado esta Sede apostólica con el resplandor de sus virtudes, sino
que tambien habia infundido tanto amor y asombro en toda la Iglesia,
que verdaderamente del mismo modo que ha excedido á todos los
Romanos Jerarcas en la duracion del Pontificado, así puede decirse que
ha recibido en mayor número que todos ellos pruebas insignes de pública
y constante simpatía. Por otra parte, nos desanimaba el tristísimo estado

en que en nuestros días se halla en casi todo el mundo, no sólo la humana sociedad, sino también la Iglesia católica, y especialmente esta Sede apostólica, que, despojada violentamente de su dominio temporal, se ve reducida al extremo de no poder en modo alguno ejercer su plena, libre é independiente potestad.

Empero aunque Nos, por las dichas razones, nos hallásemos, venerables hermanos, dispuestos á rehusar tan grande honor, ¿con qué corazón hubiéramos podido resistir á la voluntad de Dios, que se nos habia dado á conocer luminosísimamente en la armonía de vuestros sufragios y en aquella religiosísima solicitud, con que vosotros, mirando sólo el bien de la Iglesia, conseguisteis en breve realizar la eleccion del nuevo Papa?

Por eso hemos creído de nuestro deber aceptar este cargo del Supremo Apostolado y someternos á la divina voluntad, poniendo toda nuestra buena fe en el Señor, y esperando confiadamente que Aquél, que nos elevó á tanta altura, sabrá dar vigor á nuestra pequeñez.

Y puesto que hoy, venerables hermanos, nos es dado dirigir desde este lugar por vez primera la palabra á nuestra respetable congregacion, Nos, ante todo, aquí, en vuestra presencia, declaramos que no puede haber para Nos este cargo de servir á la Iglesia cosa á la que demos mayor importancia, que el consagrar, con la ayuda del cielo, toda nuestra inteligencia á la escrupulosa custodia del tesoro de la fe católica, á la tutela inviolable de los derechos y de los principios de la Iglesia y de la Sede apostólica, á procurar sacarlos todos á salvo, dispuestos Nos para conseguirlo á no economizar ningun sacrificio, á no dar nunca á entender que pensamos más en Nos mismo que en nuestro Pontificado.

Ahora, para cumplir estas obligaciones de nuestro ministerio, estamos seguros de que jamás nos faltará vuestro consejo y vuestra ayuda, y de que siempre ha de ser así. Lo apetecemos y os lo rogamus de todo corazón, deseando que os convenzais que así lo decimos, no en verdad meramente por decirlo, sino como solemne declaracion de lo que con toda sinceridad os pedimos. ¡Oh! Bien impreso tenemos en la mente lo que dicen las Sagradas Escrituras haber hecho por mandado de Dios Moisés, el cual, abrumado por la pesada carga de gobernar todo el pueblo, reunió en torno suyo á setenta ancianos de Israel, á fin de que éstos dividiesen con él la tarea y le aliviasen con su cooperacion y su consejo en el peso de gobernar la nacion israelita.

Teniendo ante los ojos aquel ejemplo, Nos, que sin merecerlo hemos sido colocado como guía y norma del pueblo cristiano, no es posible que dejemos de pedirlos á vosotros, que en la Iglesia de Dios representais á aquellos setenta de Israel, ayuda para nuestros trabajos y consuelo para nuestro espíritu.

Además, bien sabemos que, según lo dicen las Sagradas Escrituras, *salutem esse ubi multa consilia sunt*: sabemos, como nos enseña el Concilio de Trento, que en la persona del Romano Pontífice la gobernacion de la Iglesia se refuerza con el consejo de los Cardenales; sabemos, finalmente,

que los Cardenales, por boca de San Bernardo, son llamados asistentes y consejeros del Romano Pontífice, y por eso Nos que, durante cerca de veinticinco años, hemos tenido la suerte de participar de los honores de vuestro Colegio, al subir á este trono, llevamos, no sólo lleno el corazón de afecto y simpatía hácia vosotros, sino además la persuasión de tener en el desempeño de los negocios de la Iglesia, como compañeros y colaboradores de nuestras fatigas y deliberaciones, á aquellos especialmente con los cuales ántes compartíamos el honor.

Entretanto, Nos es grato y nos parece muy á propósito el poder hacerlos, venerables hermanos, participantes en la alegría de una empresa, que hemos visto reverificarse felizmente para gloria de nuestra religion. Esta es aquella que habia sido emprendida por el alma ardentísima por el bien del catolicismo, del que fué nuestro antecesor, de santa memoria, Pio IX, y que ya habia sido deliberada por aquellos de entre vosotros que forman parte de la Sagrada Congregacion para propagar el cristianismo; y es el haber reaflorecido la Iglesia de Escocia, restableciendo en aquel noble reino la jerarquía episcopal, habiendo Nos tenido, por gracia del cielo, la buena dicha de completar y proveer totalmente á dicha obra con la bula que hemos hecho publicar el día 4 de este mes del corriente año.

Y en verdad que nos ha servido de gran consuelo, venerables hermanos, el haber podido de tal manera satisfacer el ánsia ardiente del clero y fieles de Escocia, nuestros queridos hijos en Jesucristo, habiendo experimentado con muchas y grandes muestras la devoción de que están animados hácia la Iglesia católica y la Cátedra de Pedro; y Nos alimentamos la íntima confianza de que esta obra realizada por la Santa Sede se verá coronada de frutos ópimos, y que, mediante las oraciones de los santos protectores de Escocia, en aquel país de día en día los montes se vestirán de paz para aquel pueblo y las colinas de justicia.

Por lo demás, venerables hermanos, no podemos dudar un momento de que vosotros, unidos en una voluntad con Nos, trabajareis ardientemente por la defensa é integridad de la religion, por el sostenimiento de esta Sede apostólica y por el acrecentamiento de la gloria de Dios, estando convencidos vosotros de que será comun allá arriba en el cielo la recompensa, si son comunes los trabajos hechos en pró de la Iglesia. Vosotros, entre tanto, interponiendo la eficacísima mediación de la Virgen María Inmaculada, del celeste patrono de la Iglesia San José y de los santos apóstoles Pedro y Pablo, rogad juntamente con Nos á aquel Dios, rico en misericordia, á fin de que nos ayude, siempre benévolo, con su gracia, guíe hácia el bien nuestros entendimientos y nuestras obras, mejore esta época de nuestro Pontificado, y finalmente, calmado el viento y restablecida la bonanza, conduzca al deseado puerto de la tranquilidad y de la paz la nave de Pedro, que Él, en el furor de la tempestad, ha querido confiar á nuestro gobierno.»

SECCION LITERARIA.

ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE CERVANTES.

Doscientos setenta y dos años hace que murió en Madrid Cervantes (el 23 de Abril de 1616); y la fama, cada vez más, pregona y encumbra su nombre. Para honrarle, publicamos hoy nuevamente el interesante escrito, que debajo del muy adecuado título que á continuación se leerá, dió á luz en Cádiz el reputado escritor cervantista D. Adolfo de Castro en 1872: y cierto que hoy ha de parecer tan oportuno como entónces; dado que en el sencillo relato de los postreros alientos de la vida de aquel ingenio incomparable, hay tanta grandeza y sencillez, que bastan á cautivar hasta los ánimos que fueron más ligeros y movedizos.

El Director,
C. M. PERIER.

CARTA DEL SEÑOR CASTRO.

Al frente de la novela *Pérsiles y Segismunda* se leen unos versos de D. Francisco de Urbina, así dedicados:

«A Miguel de Cervantes *insigne cristiano ingenio de nuestros tiempos*, á quien llevaron los terceros de San Francisco á enterrar con la cara descubierta como tercero que era.»

D. Luis Francisco Calderon escribió para el mismo intento una décima de este modo dirigida:

«Al sepulcro de Miguel de Cervantes Saavedra *ingenio cristiano.*»

¿Esto qué brueba? Que el pensamiento de los pocos que asistieron en su muerte al gran escritor fué el de su cristiandad sublime; porque si bien Cervantes dió testimonios repetidos de la mucha que tenía, los que se hallan esparcidos en varias de sus obras, ciertamente no publicó un particular libro de devoción ó de enseñanza ó doctrina religiosa, por lo que debiese ser llamado *cristiano ingenio* por excelencia.

La falta de este libro se suple en parte, si bien débilmente, con el que pueda escribirse pintando con vivos colores su muerte, y en que alterne la verdad con lo verosímil.

Cervantes, que en sus novelas ejemplares nos dejó modelos de como deben componerse, tambien nos dió el asunto para una novela ejemplar en sus postrimeros dias.

Por eso se denomina este librito *La última novela ejemplar de Cervantes*.

Y con tal asunto y con tales memorias de Cervantes y mucho del estudio de sus obras y muchísimo de entusiasmo por tal autor en los lectores, mi trabajo tendrá que ser bien recibido ¡no por mí! sino por él.—Cádiz 21 de Abril de 1872.

LA ÚLTIMA NOVELA EJEMPLAR DE CERVANTES.

Entraron en Madrid por la puente de Toledo tres amigos: venian de Esquivias en cansadas cabalgaduras; el más viejo era de aguileño rostro, nariz corva, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, Miguel de Cervantes Saavedra, para de una vez decirlo. Llegaron á la calle de Leon, donde estaba el humilde albergue del regocijo de las Musas.

Despidiéronse afectuosamente.

Uno de los amigos le dijo: Dios quede con vuesa merced y le consuele y alivie en sus dolencias.

Él vaya con vuestas mercedes y les dé de sus bienes verdaderos cuantos desear pudieren, y yo tengo obligacion de desearles por todos los que en mi viaje me han hecho, les respondió Cervantes con tierno agradecimiento.

Recibióle carifiosamente su mujer doña Catalina de Salazar.

Seas bien hallada, esposa mía, le dijo.

Y ella le replicó: y tú bien venido, esposo mio, tan deseado de mi alma.

Ella en medio de los trabajos cuando ponía los ojos en su marido y se veía su mujer y que ya lo tenía otra vez junto á sí, le parecía que con sólo tenerle tenía todo, aunque todo le faltase.

¿Y tu salud? añadió doña Catalina: imagino que tus sufrimientos crecen y en vano te separaste de mí para encontrar alivio en el campo.

Te engañas, Catalina, fué la respuesta de Cervantes: mejor me siento. Y esto decia cuidadoso de excusarle penas y quitarle sobresaltos.

Pero ella no podía prestar fe á las palabras del marido, mientras los ojos de Cervantes de suyo se iban hácia su esposa, no disimulando aquello mismo que queria disimular.

Fatigas del camino á mis años y con mis sufrimientos me obligan

á buscar en el lecho el alivio y el regalo que he menester, dijo á su esposa, y recogióse, en tanto que doña Catalina escondió bajo un santo silencio su respuesta y sus temores. Y pasaron cuatro ó cinco dias y la enfermedad que padecia Cervantes comenzó á mostrarse más rigorosa y la mujer y los amigos á ver con certidumbre que su fin más ó ménos próximamente se acercaba.

Pero acostumbrado á mirar y sufrir sin consternacion los trabajos, así eran en él las ánsias de la hidropesía, cual si no fuesen.

Llegaron en esto los primeros dias de la Semana Santa de 1616 y Cervantes conmovido del espíritu del Señor, quiso hablar con un venerable religioso de la Orden de San Francisco, al cual venido á su presencia dijo estas palabras:

«Tres años apenas son contados que en Alcalá, mi patria, pedi por amor de Dios el hábito en la Orden Tercera de penitencia y entré de novicio. Terminado el año primero, no teniendo, como no tenía, ni tengo impedimento, debí haber profesado; pero ni descuido ni negligencia, ni virtual desprecio á la Orden que tanto bien me hizo al admitirme y luégo me ha hecho no excluyéndome de ella como indigno de sus privilegios, estorbaron mi entrada.

No me obligó á ello el amor del siglo; pues no siendo por la institucion de la Orden, ni estrechamente religioso, ni estrechamente seglar, sino un medio entre ambos, ¿qué contrariedad habria para mí, si quedo en mi casa y al lado de mi esposa?

Pero, ¡ay padre mio! la misma institucion establece que á los hermanos de la Orden Tercera es defendido y entre dicho que en ninguna manera vayan á convites, autos, juegos ó danzas y que á los representantes y por ver tales vanidades ninguna cosa den y que tengan cuidado de defender que de su familia propia ninguna cosa les sea dada.

Escribí para el teatro unas comedias que se representaron con aplauso: dejé el teatro por otras ocupaciones, y pensando que aún duraban los tiempos en que corrian mis alabanzas, volví á componer comedias y entremeses que vendí, ya novicio, á un librero, para no tener cuenta con dimes y diretes de representantes. Y aún estaba escribiendo otra intitulada *El engaño á los ojos*, de que esperaba dinero y loores.

Mal se aviene el resucitado amor del teatro por mi necesidad y los recuerdos de mis mejores dias con la severidad de no poder asistir á autos y comedias y nada dar á representantes. Mas yo no quiero faltar á Dios ni faltar al mundo, y mirando con atencion recogida el estado á que me han traído mis males y que debo tener más cuidado

de lo que hallaré en el otro siglo que de lo que he de dejar en éste, he llamado á V. Paternidad para pedirle consejo y auxilio.

Mándeme Vuesa Merced, señor Cervantes, le respondió el religioso, lo que fuere de su gusto, que con grandísimo le obedeceré, y más en cosas que han de ser el consuelo de su alma, ya que tanto en ella le pesa el no haber profesado al cumplir el año de novicio.

Aliéntese Vuesa Merced, que hoy más que nunca tiene cierta esperanza de vida y ¿qué vida? la eterna, que es la única verdadera.

Pues bien, dijo Cervantes; quedo desde ahora con la estimacion y el reconocimiento que es justo á la merced que V. P. me hace. Los desengaños nos obligan á querer el bien que ayer no habíamos querido tan inmediato.

Lo que pide arduosamente mi deseo es profesar en la Tercera Orden de penitencia del glorioso San Francisco, y no para más adelante sino para luégo, muy luégo; porque estoy en los postreros dias de mi vida y anhelo por ferviente imitacion ser inseparable discípulo suyo.

Si hubiere contradiccion en la Orden, ó V. P. la sospechare, hableme con la confianza de que soy vuestro hermano.

Y ¿cómo y dónde y de quién y cuándo puede nacer ella, replicó el religioso, teniendo á Vuesa Merced como lo tengo por tan buen cristiano?

El haber escrito libros de entretenimiento y algunos quizá de vanidades, dijo el enfermo, que puedan reprobar discretos varones.

¿Y por qué, Sr. Cervantes? respondió el franciscano. En Vuesa Merced bien sé que no quisieron juntarse las dichas y los merecimientos, pero asimismo conozco que su virtud ha vivido y vive constante en las adversidades, recibiendo de Dios consuelo, porque Vuesa Merced no ha buscado su consuelo fuera de Dios, y en la pobreza de Cristo ha hallado alegre resignacion para la suya.

Nunca ha sido esclavo de la ociosidad, escribiendo y publicando libros con gravedad y gallardía de estilo y doctrina.

El *Ingenioso hidalgo* en que se burla de las valentías de los fingidos caballeros andantes y de sus imposibles hazañas, ¿qué otra cosa es sino un medio felicísimo de apartar de su lectura perniciosa los ánimos? Y ¿acaso la religion franciscana puede poner censura en tan calificado intento, cuando tan adversa ha sido á los libros de caballerías? Recuerdo que Fray Juan Bautista Jimenez en las *demonstraciones católicas*, escribía contra los que murmuraban de los sermones y predicadores muy desenfadadamente dando sus sentencias sobre si son doctos ó no, sin más erudicion que la lectura de los

libros de Amadis de Gáula ó de Esplandian. ¿No ha visto, hermano, en la *Vida y excelencias de la madre de Dios*, que publicó el Padre Fray Diego Murillo, sujeto de tan esclarecida ciencia, cuando pregunta que quién dirá que hay ponzoña en una *Diana*, donde al parecer se tratan amores castos de pastores y pastoras, y que hay veneno en un libro de caballerías, donde ingeniosamente se tratan aventuras y empresas de caballeros defensores de agravios hechos á diversas personas? Tenga bien presente que exclama: Pues Dios sabe cuántos ánimos de doncellas castas se han pervertido con su lectura.

Y Fray Alonso de Herrera acaba de conseguir de mi Orden licencia para dar á la luz un libro de *Consideraciones de las amenazas del juicio y penas del infierno*, en que dice á los lectores de aquellas locuras: ¿Qué podeis sacar de vuestras Dianas, de vuestros Febos y Amadisés y de los demás libros de mentiras que celebrais, gastando el tiempo precioso en cosas que entre los cristianos deben ser despreciadas, qué podeis sacar sino tósigo para vuestras almas?

No se deje llevar, hermano, tanto de inquieta razon y de la desconfianza, que la Orden de mi gran Padre San Francisco en gran estima tiene los trabajos de Vuesa Merced contra tales libros.

Es tan elocuente el consuelo de V. P., dijo Cervantes, que me aviva el alma y me dispone más y más á desear la profesion que aguardo por momentos.

Mirábalo y oia todo con llorosa compasion doña Catalina de Salazar, y no pudiendo más contener su sentimiento, rompió en estas palabras: Bendígate Dios, Miguel, por tu perseverante esperanza en Dios y tu deseo de seguir el camino por donde jamás puede entrar la muerte. Y V. P. no se detenga, y allane las dificultades para que la profesion sea inmediata, que confiadísimos quedamos de que su cuidado sabrá cumplir nuestro deseo.

Voy, replicó el religioso, á solicitar de la Orden la profesion con seguridad de que será bien admitido: porque el de prepararse con celo tan cristianamente Vuesa Merced para la muerte justifica la presteza.

Y escribiendo la peticion, púsola á la firma de Cervantes, el cual con tranquilo pulso escribió su nombre, y dijo al religioso: Dios le conceda muchos y felices años de vida.

Atienda, hermano, le replicó que Dios quiso para sí la corona de espinas y que mi gran Padre San Francisco decia que nadie debe reputarse siervo del Señor, si por la tribulacion no hubiere pasado.

No terminé mi razon, añadió Cervantes: los muchos años y felices de vida que á V. P. deseo es para que los emplee con la gran

fortaleza de su virtud para el bien de las almas en acrecentamiento de la fe y en gloria de Cristo.

Mucho anhela Vuesa Merced, dijo el religioso, y Dios le atienda en cuanto fuere para la salvacion de las almas y consuelo de los afligidos dentro de la humildad que profeso. Entre tanto que torno á ver á Vuesa Merced, ponga el alma, que no hay tiempo que perder, descuidada de todo lo que no es Dios, deseche de sí el querer de las cosas del siglo y levante enteramente su alma á deseos del cielo.

Déme su bendicion, respondió Cervantes.

La de Dios lo acompañe y nos alcance á todos, dijo el religioso y fuese.

¡Oh! Dios no me desampará pues yo nunca lo he dejado; dijo Cervantes y se entregó al reposo en la esperanza de que el religioso alcanzaria su intento.

No pasaron muchas horas sin que volviese éste diciendo: estais de enhorabuena, Cervantes.

Buena es para mí, replicó, pues merezco ver á V. P., y oir su voz tan agradable á mi alma.

Refirióle el franciscano que todo estaba otorgado y que la profesion sería el Sábado Santo y no en iglesia por impedírselo lo grave de la dolencia, sino en su propia casa, y que él mismo le daría el hábito como visitador de la Orden.

A la morada de Cervantes concurren hermanos y hermanas de la Orden tercera para asistir á la profesion, segun están obligados; sentáronse en bancos los hombres y en el suelo las mujeres: el secretario ante un bufete, y el religioso y el ministro en dos sillas al lado de la epístola y en un altar formado al propósito.

Cervantes estaba sentado en otra silla teniendo una vela de cera blanca en la derecha mano y la cuerda y el hábito sobre la izquierda, falta de movimiento por la herida que recibió en la gloriosa batalla de Lepanto: la dolencia le impidió ponerse de rodillas para la ceremonia.

El religioso presidente dirigió una breve plática en loor de la Tercera Orden de penitencia que profesa parsimonia y la moderacion en trajes, vestidos y joyas que la vanidad inventa. Y luego preguntó á Cervantes: ¿Qué pide?

Este respondió: pido por amor de Dios se me dé el hábito de la Tercera Orden de penitencia de nuestro P. San Francisco para más servir á nuestro Señor, guardando la regla y los mandamientos divinos.

Púsose en pié el religioso y bendijo el hábito y la cuerda, y le vistió aquél y le ciñó ésta con las ceremonias debidas.

Cervantes puestas las manos en las del visitador, dijo con él las palabras que siguen: Yo el hermano Miguel Cervantes voto y prometo á Dios y á la bienaventurada siempre virgen María y al bienaventurado Padre San Francisco y á todos los santos y á vos, Padre, de guardar todo el tiempo de mi vida los mandamientos de la Ley de Dios y satisfacer como conviene por las trasgresiones que contra éstas forma y manera de vida aprobada y confirmada por el papa Nicolás IV, y por otros muchos sumos pontífices, cometiere, cuando para ello fuere llamado á la voluntad y juicio del superior.

Respondió el visitador: Si tú estas cosas guardares, yo te prometo la vida eterna en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Besó Cervantes al religioso la mano y éste con cariño de padre le dió la bendicion y los brazos, encomendando á todos rezasen un Ave María por el que habia recibido el hábito y por el aumento y conservacion de la Orden, miéntras él, hincado de rodillas, la rezaba igualmente.

Y no se separó sin advertir á Cervantes que habia recibido el hábito por creerse que estaba en peligro de muerte y que quedaba como tal hermano y profeso en la Orden Tercera y con uso de hábito descubierto; más que si Dios le concediese salud, tendria obligacion de presentar nueva súplica para ser admitido á la fraternidad y las juntas, prévias las diligencias que por el caso urgente no se hicieron.

Quedó Cervantes vestido de sotanilla que solo llegaba á cubrir el calzon, con manga cerrada y ferreruero de estameña, cuello y cuerda que le caia hasta las rodillas.

Cuánto y cuán grande es mi agradecimiento por tanta merced como la Orden me ha hecho, dijo Cervantes: recuerdo que Magdalena, la hermana de mi alma, que há cinco años murió en la mayor pobreza, á la caridad de los Terceros debió limosnas en sus postrimerías, así como que su cadáver fuese cristianamente sepultado. Y ¡qué alegría no tendrá mi señora doña Catalina de Zúñiga y Sandoval, condesa de Lemos, hermana que es en la Tercera Orden y que tanto me estima y tanto me ha favorecido!

Ahora, recoja su espíritu, replicó el religioso, y dése al descanso despues de tributar gracias á Dios por tales favores y espere en su misericordia.

Habla V. P. como Santo que es, añadió Cervantes.

No, hermano mio: Santo no, pecador sí, respondió el visitador; pero dedicado á exhortar á las virtudes cristianas. Yo os diré como un religioso de mi Orden, que si no ganamos á los que están perdidos,

enviamos á los ya ganados para el cielo: si no resucitamos los muertos, ni sanamos á los enfermos, apoyamos á los que están en pié, á fin de que no caigan, y ponemos aliento en los vivos para que no mueran. Y si hoy no persuadimos, mañana persuadiremos. Y con esto Dios quede en esta casa para tranquilidad y gloria de vuestro espíritu.

Siguió visitando este religioso á Cervantes, así como algunos de los hermanos de la Tercera Orden y además su vecino el Licenciado Francisco Nuñez, Don Francisco de Urbina y Don Luis Francisco Calderon. No todo eran pláticas espirituales. Tocóse cierto día entre ellas la lección de los libros de caballerías y el Don Florisel de Niquea y las graciosas locuras de su estilo, sin olvidar la que tanto placía á Don Quijote, aquello de que *la razon de la sin razon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura, ó estotro: de los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, os hacen merecedor del merecimiento que merece la vuestra grandeza.*

Rióse mucho de este extravagante estilo el visitador, á lo que uno de los presentes dijo: «Pues religioso de San Francisco hubo que sin escribir de caballerías, y por cierto en libro de notable provecho y erudicion, tratada con sublime estilo, cual es el de los *Loores de la Virgen nuestra Señora sobre las siete palabras que habló*, allá se fué con Feliciano de Silva en estas razones:—Por amor de mi suplicote que alcance yo de tí por tu virginal madre, que de tal manera por su purísima carne sea mi carne purificada y espiritualizada, que solo en su espiritualísima y virginal y santa carne tome gusto y sabor.»

Con efecto, respondió el religioso. Varon era de muchas letras y doctrina Fray Antonio de Aranda, que por el mil quinientos y cincuenta y tantos imprimió ese libro escrito con frases no ménos elegantes que apacibles, pero que tal vez cayó en alguna de las extravagancias de estilo, tan en uso en su edad por la frecuente lectura de los libros caballerescos. Y si eso acontecia y acontece á tan prudentes sujetos, ¿qué sucederá á los no tales?

Y á que no sabe vuesa merced, señor Cervantes, dijo otro de los asistentes, pasando á otra cosa: el otro día vino á mis manos el libro de las ilustres mujeres de Juan Bocaccio en lengua castellana y al leer la vida de Céres, ¿con qué llegué á tropezar? Con la pintura de la edad del oro. ¿Vuesa merced seguramente debió recordarla al escribir la suya en el Ingenioso Hidalgo?

Cervantes respondió con un movimiento de cabeza en manifestación de ser así.

Vean vuestas mercedes, si no, este pasaje que en la memoria aún tengo del libro de Juan Bocaccio y que no sé si contiene estas ó á estas semejantes, ó por mejor decir, otras aún más que estas persuasivas razones:

«¿Quién alabará ó tendrá por bien que la muchedumbre derramada que moraba en las breñas y montes avezada á bellotas y castañas y manzanas montesinas y á leche de animales fieros y á yerba y á beber agua de los rios, que tenia sus ánimos sin cuidado y vivia contenta con la sola ley de naturaleza y era templada, casta y sin malicia, enemiga solamente de las fieras y aves, haya sido traída y llamada á delicados manjares, de los cuales se han seguido los vicios escondidos en lugares secretos y se ha abierto camino y dado seguridad para proceder más adelante? Los campos primero comunes han comenzado á ser con mojones señalados, de donde han venido los cuidados de la agricultura y se han comenzado á partir entre los hombres los trabajos: de donde han procedido y venido al mundo *mío y tuyo*, vocablos por cierto muy enemigos así de la pública paz como de las casas, de donde han venido la pobreza y servitud, los pleitos y ódios y guerras sangrientas y de donde ha volado en derredor la quemante envidia.»

Paso, dijo el visitador: no nos relate la pintura de la edad de oro descrita por Bocaccio: que nos basta y más aplace la de Mignel de Cervantes, trazada con más brevedad y aún con grandeza superior para ejemplo de la diferencia que media entre la imitacion noble y la servilísima copia y entre poner en labios de un loco pinturas quiméricas muy peligrosas para creidas ó referirlas como verdades lastimosas y dignas de que volviesen á ser para bien de los mortales.

Yo nunca imaginé, replicó Cervantes, exceder á Bocaccio, sino imitarle: y ciertamente, al trazar la descripción de la edad del oro, tuve un lejano recuerdo del pasaje de aquel insigne discípulo del gran Petrarca, que habia leído muchos años atrás; y en los demás V. P. dice verdaderamente cuál fué mi pensamiento.

Tate, con lo que aquí he dado: dijo otro de los presentes que sobre una alhacena habia hallado un libro: Vuesa merced, señor Cervantes, tan enemigo de los de caballerías, ¿tiene este y nada ménos que el Amadis de Gaula, impreso en Venecia el año de 1533?

—¿Y por qué no tenerlo? respondió Cervantes. Recuerde que en el donoso escrutinio de la librería de D. Quijote se dió sentencia de que era el mejor de todos los libros que en este género se habian compuesto y único en su arte, y quedó reservado del fuego.

Así es, replicó el amigo observador: por cierto que esta edicion merece mayor estima que las demás del libro de *Amadis* por el prólogo de su corrector el vicario del Valle de Cabezuela Francisco Delicado, natural de la Peña de Martos, el cual llama al libro de *Amadis* verdadero arte de la gramática española y dice que debe estimarse sobre todo por estas razones en que descubre la moralidad que en él se contiene. Vean si no. Y abriendo el libro comenzó á leer en esta forma:

« En aquel glorioso siglo, cuando el muy sabido autor del presente libro dejó en memoria no solamente la vida, fortaleza, gloria, esfuerzo é fechos animosos, más la cortesía gentileza é limpieza de vida muy acostumbrada, la pasion del amoroso amor, el orgullo de real caballero, el corazon no vencido, la gloriosa memoria de la fama, la lealtad tan alta y tan leal, la verdadera y justa justicia acompañada de razon y verdad, la compasion con piedad así de amigos como de contrarios, usando con todos gracioso agradecimiento como á lozano é de buenas maneras caballero le conviene; esto todo nos mostró en esta sabrosa obra el sabido componedor; mostrando en *Amadis* de Gaula todas aquellas virtudes que cada un hombre bueno, é caballeros, duques, condes, marqueses, señores reyes y emperadores han de tener, seguir é mantener. En esta obra está el arte para mostrar ser caballeros expertos y animosos é para los facer mesurados é cortesés. Asimismo está el arte de los verdaderos enamorados: la religion de las armas, á quien notar la quisiere: el modo asimismo de la moderacion de las justicias y el ejemplo de jamás la fe dada é palabras prometidas quebrantar, haciendo é dando derecho á quien con verdad y razon ge lo demanda, defendiendo las dueñas y doncellas, honrándolas y sirviéndolas, amándolas segun sus merecimientos, y poniendo por ellas las fuerzas á muchos peligros. »

Ahora bien, prosiguió el amigo: vuesa merced, señor Cervantes, se ha burlado felizmente de tanto desafio como en esos libros se refiere al querer de la fantasía de sus autores, desafios con valerosos y no tan valientes caballeros que corrian el mundo fiados de suerte incierta ó aventurada, que defendian con su fortaleza y amparaban con su compañía, satisfaciendo gloriosamente las injurias y que no querian entregar el castigo de los delitos á la venganza licita de la ley porque sus almas vivian sobre las leyes.

Estén vuestas mercedes segurísimos de que ni en lo hasta hoy por mí leído, ni pensado ni preguntado, hallé cosa que tanto me satisfaciese quanto ese prólogo de *Amadis*, porque me enseña la verdadera doctrina moral de los libros caballerescos, escondida entre la narra-

ción que siguen de aventuras quiméricas, como árboles crecidos al tránsito de las aguas de los arroyuelos.

Bien sé que vuesa merced, Señor Cervantes, se propuso desterrar la lección de estos libros por lo vano de sus artificios, dañosos á las almas por persuadir á la violencia, y al imperio de la voluntad apasionado, pero andando los tiempos pudiesen venir siglos de corrupción de costumbres en que algunos atribuyan á vuesa merced el propósito de haberse querido burlar de las condiciones del español y otros imaginen por el error y la flaqueza de sus ánimos y la mengua de fe, de cortesía y de lealtad que el tener y guardar estas cosas como dignas son acciones propias de don Quijote de la Mancha.

No se, respondió Cervantes, lo que el tiempo puede traer al mundo; pero de mí sé decir que si bien he considerado perniciosa la lectura de los libros de caballerías por sus vanidades y de ellos no seguirse verdad alguna sino daño á las imaginaciones por esforzados aventureros que desprecian á todos, de todos desconfían y á todos juzgan ó condenan temerariamente, ¿cómo puedo yo burlarme de mi patria y de su fortaleza, de su gloria, del aprecio de los hechos animosos de sus hijos, ni de la cortesía y gentileza de ánimo, ni de la íntegra y pura vida, ni del noble orgullo del bien hacer, ni de la lealtad, ni de la razón ni de la justicia?

Si en los libros caballerescos se enseña al par de locuras y necesidades, cómo los hombres buenos y caballeros y príncipes han de ser, sin necedades y locuras, yo en mis novelas ejemplares enseño todas las virtudes, la compasión así para amigos como para contrarios, usando con todos agradecimiento, la mesura, la cortesía, la moderación en la justicia, la honra y el respeto á las mujeres y el ejemplo de la fe dada y palabras prometidas jamás quebrantar por cosa alguna entre todos los que tenemos perfecta igualdad, igualdad sí en un padre, en un Dios, en una fe y en un bautismo.

Seguramente exclamó el visitador; esa doctrina se lee en las novelas ejemplares escritas con tan ingeniosa viveza de estilo y en que nada hay que desdiga de la doctrina católica.

No tienen por qué decir los aficionados de esos libros, prosiguió Cervantes, cuando se maravillan de sus aventuras, imaginando que han existido: «alegres siglos, los que de su presencia gozaron y mil veces felices los progenitores que les dieron el sér y otras mil y mil los que nos escribieron sus famosas historias en el estilo más apacible,» porque la virtud no necesita ser enseñada por medio de fantásticas necedades, sino dentro de la verosimilitud y de la razón.

Mudáronse las pláticas otro día y se habló del Cardenal Arzobispo

de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas llamándolo amparo de desvalidos y ejemplo de poderosos.

Dios le guarde, Cervantes dijo, y conserve en las prosperidades que sus méritos le aseguran y que mi corazón le desea por sus ilustres acciones y por su caridad inagotable. ¡Cuánto me placiera poder escribir la relación de las fiestas de la traslación de Nuestra Señora del Sagrario en la capilla que ha erigido en la Santa Iglesia de Toledo, fiestas que no deberán tardar mucho porque las obras están á punto de terminarse con perfección cumplida!

Pero no hay cosa ménos posible á mi parecer que la vida mia llegue á ese punto.

El visitador instó á que hiciese testamento por obligación de su Orden, que así se previene en ella, y Cervantes en obediencia de sus convenientes persuasiones, mandó ¿qué? dos misas para su alma y lo demás á voluntad de su mujer, que quedó testamentaria juntamente con el licenciado Francisco Nuñez, su vecino, por vecino y por uno de los pocos amigos que en su agonía lo acompañaban.

Pensando en su novela *Pérsiles y Segismunda* que quedaba por imprimir, consultó con el religioso su deseo de dedicarla á su protector el gran conde de Lemos, virey de Nápoles.

Cumpla su voluntad, hermano, le dijo el visitador. Dios conserve también al conde de Lemos en perpétua felicidad con aumento de mayores y siempre merecidas dignidades. Dedíquese el libro, que esto será grato á nuestra Orden, pues D. Pedro Fernandez de Castro ama á las religiones, y ántes de su partida á Nápoles aceptó la dedicatoria del *Tratado de las grandezas y mejoras de Cristo*, de fray Francisco Tamayo, del Orden de los Mínimos.

Crecían los sufrimientos de Cervantes, siendo más que humanos su devoción y su espíritu: la cercanía de la muerte llegaba, y recibió la Extremaunción de manos del Licenciado Francisco Lopez, el mismo que la había administrado en 1611 á doña Magdalena de Jesús, su hermana.

Al siguiente día escribió al conde de Lemos la siguiente dedicatoria del *Pérsiles*.

«Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas que comienzan «puesto ya el pié en el estribo,» quisiera yo no vinieran tan á pelo en mi epístola, porque casi con las mismas palabras las puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pié en el estribo,
con las ansias de la muerte
gran señor esta te escribo.

Ayer me dieron la Extremauncion, y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir y quisiera yo ponerle coto hasta besar los piés de V. E. bueno en España, que me volviese á dar la vida; pero si está decretado que la haya de perder cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo ménos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle que quiso pasar aún más allá de la muerte, mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de V. E., regocijome de verle señalar con el dedo y realégrome de que salieran verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de V. E. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del Jardín* y del famoso *Bernardo*. Si á dicha por buena ventura mia, que ya no sería ventura sino milagro, me diese el cielo vida, las verá y con ellas fin de la *Galatea* de quien sé está aficionado V. E. Y con estas obras continuando mi deseo, guarde Dios á V. E. como puede. En Madrid á 19 de Abril de 1616 años.—Criado de V. E.—*Miguel de Cervantes.*»

Leida esta dedicatoria al visitador, éste dijo con dulce acento: veo en tí un dignísimo hijo de San Francisco; y porque hasta en esto lo imitas bien, puedes exclamar con él: «Igual será para mí la alegría en la vida como en la muerte.»

Esto, Padre mio, respondió Cervantes, he escrito en reconocimiento de mis obligaciones; tuve deseos, y grandes esperanzas de repetirlos al Conde mi señor, mas me resigno á la voluntad de Dios. Ya que no puedo, satisfago con palabras de elogios los beneficios que no puedo recompensar con obras, dedicándole al par el *Pérsiles*, libro en que persuado y aliento á todo género de virtudes, en estilo claro enriquecido de buena doctrina. Y si el libro nada vale y nada en él le vengo á ofrecer, al ménos le manifiesto el mucho deseo que tengo de ofrecerle una prueba de mi respetuoso agradecimiento.

Acrecentado el mal y ya á los últimos extremos el religioso le encomendaba el alma, miéntras Cervantes con una vela encendida en las manos y en su lecho, parecia registrar á su luz las oscuridades de la muerte.

Con frases, débilmente repetidas, pero entrañablemente respiradas, demostró que las oraciones de San Buenaventura que el religioso decia, hallaban acogida en su ánimo, y aquellas especialmente que llamaban á Dios dulzura, descanso, verdaderísimo gozo, luz delectable, tú sólo seas para mí todas las cosas, mi esperanza, mi alegría, mis confianzas, mis riquezas y mi amor, mi sufrimiento, y mi

amparo, mis pláticas y mis respuestas, mis pensamientos, mis obras, y todo mi tesoro.

Y ahora recuerdo, le dijo el visitador, quitándole de las manos la vela: bien sabes, hermano, que el perdón del enemigo es la serenidad de la conciencia, y que hay que olvidar las injurias, porque si Cristo fué aborrecido, ¿cómo queremos ser amados? La virtud debe pintarse corona de los cándidos lirios de sus dolores y de las blancas rosas de su pureza, reina, sí, coronada en el templo del amor sobre la tierra.

Un autor con fingido nombre escribió la *Segunda parte del Quijote*, en que te ofende con palabras que dan ocasión á agravios: sobre las causas de su proceder, si algo me cumple decir, nada puedo averiguar. Se muestra de tí quejoso y se venga nueve años despues, de la injuria que te atribuye: largo rencor y encono por cierto. Poderoso debe ser tu contrario, pues ocultando su nombre, publicó el libro sin contradicción alguna en el consejo de Estado y la suprema y general Inquisición. Paréceme como que quiso apartar de tí el ánimo de quien te admiraba y podría protegerte dando á entender, que no eras digno de beneficios por ser mal hombre, y que lo que tú escribías podía escribirlo otro con igual ó mejor donaire y agudeza.

Entre los dones todos del Espíritu Santo, que Cristo concedió y concede á los humanos, el principal es vencerse, y sin violencia, tolerar por Dios y por la caridad de Dios, los oprobios cual nos enseña nuestro Padre San Francisco. Deseo poner paz en tí y el atrevimiento del falso Avellaneda.

Cervantes quiso como decirle «oye mis sentimientos, ya que no puedes mis palabras,» y le indicó que trajese de una mesa inmediata los dos tomos del *Ingenioso hidalgo*. Abrió el libro de la segunda parte y al llegar á una página, señaló al religioso aquel pasaje de la muerte de D. Quijote, cuando éste suplica á sus albaceas que si su buena suerte les trajere á conocer el autor del D. Quijote de Avellaneda «de mi parte le pidan cuán encarecidamente ser pueda, *perdone la ocasion que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto de esta vida con escrúpulo de haberle dado motivos para escribirlos.*»

Y al leer en alta voz el religioso estas palabras, Cervantes llamaba la atención con el dedo, hácia el libro como si quisiera decir: «Eso, eso es la verdad.» No pudo ser ni más humilde ni más advertida la respuesta.

¡Oh valerosa palabra de perdón que á tal tiempo se repite y ante tal imágen (y esto decía mostrándola á Cervantes), imágen, sí, de

Cristo durmiendo el sueño de voluntaria muerte en la cruz en purificación de la original culpa y en precio y redención de nuestros delitos, viniendo desde la eternidad á ser hombre para enseñar al hombre el camino de la eternidad. Habla á Dios desde el íntimo afecto de tu corazón afligido. Anhele tu alma ir, é irá, á donde no hay días de muerte: muchas veces te he oído decir que en Dios está todo el deseo de tu alma, Dios á quien jamás se pide sin esperanza de misericordia. Si él se retira de nosotros ¿á quién nos hemos volver y qué hay fuera de Dios que pueda darnos consuelo? Él te defiende, y te defenderá, si le invocas, contra toda duda, vacilación é inconstancia.

Piensa, hermano, que San Antonio de Pádua que cñó cual nosotros el cordón de San Francisco, decía que por las aficciones del cuerpo se sanan las heridas del alma y que el amor de Dios convierte en dulce toda amargura.

Doña Catalina, en tanto, como mujer que á tal marido tal viera sufrir y que al perderlo consideraba que en él perdía cuanto podía perder, había gemido con insistencia y llamado con lágrimas á las puertas de la misericordia de Dios.

Qué puedo hacer ya y á dónde puedo ir sin tí, único solaz de mi alma, decía, tú que con discretos consuelos esforzabas mi espíritu cuando prevalecían contra nosotros las adversidades. Desaparecen ya ante la lastimosa experiencia de tu muerte, que es mi mayor infelicidad, todas mis esperanzas. Acercándose al lecho y diciéndole, Miguel mio, con elevada voz, á los ecos volvió Cervantes sin luz los ojos y cerróselos la muerte, pues aunque respiraba y oía, jamás los tornó á abrir.

Todavía pudo escuchar Cervantes por corto tiempo la regalada voz de su consuelo en la de aquel religioso hasta que lanzó el postrimer suspiro, premiando Dios así con tan preciosa muerte sus merecimientos y su ánimo preeminente en firmeza de fe y en virtudes.

Dé cabida en su alma, á la serenidad del consuelo, dijo el religioso á doña Catalina, porque eso no se llama morir sino volar el alma al lugar de su descanso. Primero se ha de perder la vida que la paciencia y la constancia. Identifíquese afectuosamente en Jesucristo, deje muy atrás la flaqueza humana y recurra tierna y afligida á Dios, arrojándose en los brazos de su providencia.

No murió Cervantes en la soledad de la pobreza, pues en su pobreza misma vinieron á acompañarlo sus hermanos en la Orden Tercera para darle socorro con medicinas y palabras de amor y de esperanzas de eterna vida.

Todos los hermanos de hábito descubierto y encubierto que pudie-

ron juntarse, pasaron á aquella triste morada y alternativamente no dejaban de rezar junto al cadáver vestido como ellos, hasta que llegada la hora del entierro entraron todos é hincados de rodillas y divididos en dos coros, rezaron la oracion del Santo Sudario, aplicando las indulgencias al alma de Cervantes y suplicando á Dios le diese el eternal descanso.

Llevaron á hombros el cadáver con la cara descubierta los hermanos, á la iglesia de las Trinitarias donde Cervantes quiso tener sepultura en gratitud afectuosa de haber debido á los padres de esta Orden, ser sacado de cautiverio, Orden en que subió la caridad al punto del desec de dar la vida por el prójimo; y sabido es que quien da la vida por los hombres, es quien más se asemeja á Jesucristo. Desde que se acercó á la iglesia el entierro, doblaron las campanas segun el rito de la Orden. El paño que sobre el cadáver se puso en el templo era el de la de San Francisco. Los hermanos no abandonaron á Cervantes hasta que los oficios solemnes fueron acabados y el cuerpo recibió sepultura.

A la salida del templo, el religioso vió á don Francisco de Urbina y don Luis Francisco Calderon, los cuales le dijeron que pensaban escribir versos en loor de Cervantes para el *Pérsiles y Segismunda*, ya que tantos altos poetas le habian abandonado en la muerte.

Bien me parece el intento, respondió el visitador, pero llámenle en los versos *ingenio cristiano*.

¿Por qué? preguntaron, y quién puede poner duda en la cristianidad de Cervantes Saavedra?

El ha sido el caballero andante de la humanidad, dijo el religioso: peleó por la libertad del cristianismo contra el Turco en Lepanto: combatió con los trabajos en el cautiverio: la caridad de la religion rompió el encantamento de sus cadenas: recorrió las selvas árdias del mundo, siglos y siglos incultas para el ingenio perseguido de la malevolencia con calumnias promovidas unas con apariencias de celo, otras con envidias declaradas, otras con pretensiones ambiciosas: prosiguió en lid con la ceguedad de su desdicha y los errores de su tiempo: pugnó por la causa del bien, defendió las virtudes, guardó lealtad y gratitud, gastó años, menospreció su vida, aventuró sus esfuerzos, y combatido de la pobreza, armas que el siglo y la vanidad esgrimian contra su persona para abatirle, vistió el hábito de la pobreza de San Francisco que la sublimó con su regla para enseñanza y consuelo del mundo.

Ahí teneis á Cervantes, caballero y armado de las armas de la pobreza, de la humildad y del afecto á Dios y á los hombres. ¿Y

sabéis cuál empresa ha elegido como el más alto blason de los blasones que caballero puede anhelar? Las cinco llagas de Jesucristo, escudo de mi Orden para defender su inmortalidad con esta invencible empresa, y conseguir la corona, no la que los gentiles ántes y las damas hoy daban y dan á las felicidades, sino la que la fe reserva para los trabajos y la constancia.

Me maravilla lo que V. P. dice, respondió don Francisco de Urbina.

No hay de qué maravillarse, por más que en Dios todo sean maravillas, prosiguió el religioso: San Antonio de Pádua nos enseña que Cristo nos manifestó en sí dos documentos de suma perfeccion; la fortaleza de la paciencia que triunfa y la rectitud de la pureza del alma que persevera: la de Cervantes triunfó y triunfará para siglos porque perseveró en el bien.

Por eso repito á vuestras mercedes, que no dejen de celebrarlo como *ingenio cristiano*. Si pasando como pasará de la soledad de su pobreza y del olvido de los hombres, en su muerte hoy, á la aclamacion de las edades, y en ellas por los pecados de la humanidad decreciese la fe y se aumentasen los errores, bien será recordarles que, Cervantes, objeto seguramente de su admiracion, fué *ingenio cristiano* y que de sus altos pensamientos de cristiano procedió y procede la grandeza de sus escritos. Y con esto, voy á suplicarles que me saquen del deseo de saber que lo escriben así, entendiendo que la merced que en ello me harán no es de calidad que llegue á ser puesta por mí en olvido. Y Dios sea con vosotros.»

ADOLFO DE CASTRO.

CRÓNICA Y VARIEDADES.

LIBROS RECIBIDOS.

Ecuaciones numéricas por D. Modesto Ferrater, ingeniero industrial. Hemos recibido el cuaderno impreso del Sr. Ferrater, relativo á su nuevo estudio sobre la resolucion de las ecuaciones numéricas; y cumplimos muy de grado con el deber de felicitar á su autor, como lo han hecho con justicia los papeles públicos de Barcelona. El Sr. Ferrater es distinguido ingeniero industrial de aquella importante poblacion, que hace un servicio á las ciencias con su nuevo trabajo.

Madrid, 46 de Abril de 1878.

Director, C. M. PERRIER.
